

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura



Juan Le Vagre : El orden
— Fontaura : Guyau o la
juventud perdurable. — Al-
berto Carsi : La originali-
dad. — Rodolfo Rocker :
De la España musulmana.
— Plácido Bravo : Compromi-
sos que nos comprometen.
— Selección de V. Muñoz :
El pensamiento vivo de José
Prat. — Felipe Alaiz : El
cuadrilátero. — Angel Sam-
blancat : Cabillos de marean-
tes. — Stefan Zweig : El re-
fugiado. — Eugen Relgis :
Empecemos por internacio-
nalizar las capitales. — E.
Armand : El loísmo y los lo-
istas. — Pablo R. Troise :
Nirico o la cruz del des-
pertar. — El trabajo de
noche es contrario a la sa-
lud. — J. Alau-
do : El esperanto. — Mi-
crocultura. — M. Rama :
Revoluciones sociales del
siglo XX (folletón encuadernable)

110

FEBRERO · 1960

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,09 NF



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

Las cigüeñas

Algunas veces — por no decir muchas — la naturaleza realiza espontáneamente cuadros de arte que ningún pintor podrá superar ni embellecer.

Esta fotografía que reproducimos es uno de ellos. Nada tan evocador como estas aves alrededor del nido. Nada tan gracioso, como los movimientos de las bestias, danzando un «ballet», destacándose afiladas entre el gris del firmamento.

Y este cuadro evoca asimismo la paz, la serenidad. En medio del fragor y del vértigo de la vida moderna, este espectáculo es reposante, consolador, lleno de gracia y de armonía. Los ojos descansan contemplándolo y el pensamiento se eleva, alejándose de las mezquinas preocupaciones cotidianas.

Comprendemos a Reclus, cuando en la naturaleza, en el paisaje, en los animales, en todas las manifestaciones libres y espontáneas de la vida, encontraba la lección diaria de energía precisa para seguir luchando y para seguir creyendo en la parte más fea y desgraciada de la creación; la especie humana, víctima de sí misma y del mal empleo de su capacidad de adaptación y de su inteligencia.

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

Colaboradores:

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre 300 frs. Semestre, 550 frs. Anual, 1.100 frs. — Exterior: Semestre, 600 frs. Anual, 1.200 frs.

Número suelto: 100 francos.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).



REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año X

Toulouse, Febrero 1960

Nº 110

EL ORDEN

CON razón los griegos llamaron «kos-mos» al orden, que significa «belleza», «universo». En efecto, el orden es bello, bello es el aspecto del orden y el universo es el orden por excelencia.

Nosotros, socialistas anarquistas, amamos el orden; somos anarquistas — ¿se creerá? — por amor al orden; queremos que la sociedad sea el reflejo de la armonía que existe en el universo.

Pero ¿qué es el orden? ¿Es modo, forma, regla, disposición natural de cada cosa? ¿O es la obra de un pensamiento soberano que lo creó y lo conserva?

No discutamos con los teólogos y metafísicos de nuestros tiempos. Preguntemos a los burgueses, tan envanecidos con los resultados de la ciencia moderna: ¿creéis en un Dios que saca el mundo del caos y lo dispone para que sea la admiración de los inteligentes? ¿Resulta el orden del universo de las relaciones necesarias entre sus componentes, grandes o pequeños, átomos, moléculas, cuerpos; de relaciones constantes, en fin, y eternas, esto es, de leyes naturales?

¿Y por qué, preguntamos aún, el orden entre los seres inconscientes?

He aquí, dígame lo que se quiera, nuestra ciencia o fe social, nuestro socialismo.

Nosotros creemos que la sociedad es un orden resultante del desenvolvimiento natural de la humanidad. Creemos que la humanidad, como los animales, las plantas y los minerales, como todas las cosas, tiene sus leyes naturales. Creemos que no es obra de nadie la creación y conservación del orden.

Como el universo no necesita de Jehová, la sociedad no necesita de un rey, un presidente o un dictador. Podemos vivir, amarnos, ser libres, sin dividirnos en siervos y señores, sin una autoridad tutora.

Esta es, en pocas palabras, la parte positiva de nuestras aspiraciones.

Si el orden es una disposición natural de las cosas, es también negación del artificio o de la fuerza que pretende garantizarlo. Por esta negación nos pronunciamos nosotros.

La mayor parte de la humanidad, miserable, ignorante, oprimida, no es libre, no vive, no se desenvuelve naturalmente, «no está en orden». El orden a que se la constriñe es un artificio, confesado como tal, es un vínculo, no una forma. No existe, pues, libertad ni orden, sino imperio de una fuerza mayor.

Esta fuerza, este vínculo, es una necesidad, dicen los economistas, los legisladores de nuestros tiempos.

Del mismo modo, Santo Tomás de Aquino creía necesaria la servidumbre, y Aristóteles la esclavitud.

Nosotros, por el contrario, creemos en el socialismo moderno que dice: «La autoridad no es necesaria al orden; viviendo según las leyes naturales tendremos libertad, sociedad y orden.»

Juan Le Vagré

Guyau o la juventud perdurable

SE ha dicho en todos los tonos: no se es joven tan sólo por los años, por la agilidad física, por todos esos atractivos que conlleva la mocedad. Se es joven por la robustez de conocimientos, por el dinamismo, por la inquietud mental que inclina a captar la esencia de las cosas. Por todo ello se es joven, aunque los años labren surcos en la frente, aunque el tiempo vaya encaneciendo las sienes.

He aquí cómo lo entendía Guyau:

«Hay que guardar en el corazón un rincón de verdor, de juventud; un rincón en donde nada se haya cosechado, en donde se pueda sembrar siempre alguna planta nueva. Permanecer joven largo tiempo, permanecer niño incluso, por la espontaneidad y la afectuosidad del corazón. Guardar siempre, no en el exterior, sino en el fondo de sí mismo alguna cosa de ligero, de alegre, de alado; es el mejor medio de dominar la vida».

En Laval, esa tierra, entre normanda y bretona, que guarda su aire medioeval, que posee añejas tradiciones, ese «país chuan» que inspiró a Balzac algunas de sus páginas magistrales, nació en 1854, José María Guyau. Breve, en cuatro trazos puede esbozarse la biografía de este gran filósofo y poeta a la par.

Hasta la edad de doce años fué cuidado y educado por su madre. Correteaba por los campos, trepa a las montañas; siente, en suma, el embeleso de la vida silvestre. De sus años de infancia, conserva toda su vida un afecto tierno, intenso, para con la natura. Cuando entra de lleno en los estudios universitarios, como dice Hoffding, «Guyau es un caso ejemplar de madurez intelectual». Lo que otros han necesitado llegar a los treinta y a los cuarenta años para comprender y asimilar de un modo profundo, él lo ha captado al trasponer la adolescencia.

Así, a los diecisiete años es licenciado en Filosofía; a los diecinueve, es laureado por la Academia de Ciencias Morales y Políticas, gracias a su obra «La Moral de Epicuro». A los veinte años, se le encarga el curso de Filosofía en el Liceo Condorcet, de París.

De los veinte a los treinta años, publica diez obras, cada una de las cuales es una verdadera revelación, promoviendo los más diversos y apasionados comentarios por parte de los pensadores más eminentes de Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y Norte América.

Descuellan entre sus obras: «Esbozo de una Moral sin obligación ni sanción», «Educación y Herencia», «La irreligión del porvenir», «La moral inglesa contemporánea», «El arte desde el punto

de vista sociológico», «Los problemas de la estética contemporánea» y «Versos de un filósofo».

El tremendo esfuerzo intelectual de una actividad como la suya, produjo en él un tal agotamiento que le obligó a abandonar sus estudios. En pos de un clima más benigno que el de París, se trasladó a Menton. Y allí, frente al mar azul, falleció a los treinta y tres años de edad.

Toda la obra de Guyau refleja optimismo, fe en la vida. Fué, como escribía en la «Revista de Filosofía» el italiano Torozzi: «Uno de los espíritus más vivaces, de los más ardientes y de los más comprensivos que la ciencia moderna haya encontrado como apóstol y como renovador».

Así refleja el propio pensador-poeta, su inquietud espiritual en el volumen «Versos de un filósofo»:

*J'aurais voulu marcher, agir, semer ma vie
A pleines mains, hereux de lutter, de souffrir,
Depensant largement la troublante énergie
Qu'en mon cœur je sentais avec mon sang courir.*

Alfredo Fouillee, que sentía por el joven filósofo un afecto entrañable; que le dedicó un denso volumen, «La Moral, el Arte y la Religión según Guyau», decía que, no obstante el haberle producido, en lo físico, un progresivo debilitamiento el exceso de trabajo, jamás sintió abatida su fuerza moral y el juvenil entusiasmo, puesto en sus nobles ideales.

Pocos habrá que, como el autor de «La irreligión del porvenir» hayan llegado a calar tan hondo en el origen del sentimiento religioso, en el análisis sutil de las creencias, en la lógica demoledora de sus concepciones. A juicio suyo, el porvenir llegará a superarse hasta el extremo de no tener necesidad de creencias religiosas. Así dice: «Las religiones son una parte mística, dogmática, y de ritual, destinada a desaparecer». Desarrolla siempre sus ideas con sólidas aportaciones documentales, con razonamientos serenos, sin buscar jamás la humillación del contrincante, sin engreimiento científico, con un tono de afecto y comprensión, con admirable estilo de expresión además.

Por su obra «La Moral sin obligación ni sanción», Guyau ha sido considerado como anarquista. En efecto, el propio Kropotkin, en «La Moral Anarquista», señala cuán dignas de asimilarse son las concepciones éticas del notable pensador. En la obra póstuma, también de Kropotkin, «Ética», que, como es sabido, la muerte no le dejó concluir, dedica todo un capítulo a realzar las concepciones de Guyau en torno a la Moral. He aquí cómo sintetiza Kropotkin el criterio de aquél: «La vida,

según este filósofo, se manifiesta en el crecimiento, en la multiplicación y en la tensión. La Ética debe ser considerada como una doctrina acerca de los medios para conseguir la finalidad impuesta al hombre por la naturaleza misma: el crecimiento y el desarrollo de la vida. Por esta razón, la moral humana no necesita coerción alguna ni obligaciones imperiosas, ni sanción sobrenatural; se desarrolla en nosotros en virtud de nuestra necesidad de vivir una vida más integral, más intensa y más fecunda».

Sobre la Estética, al respecto de la Educación, expone Guyau conceptos de suma importancia. Y, como se ha dicho «Muchas de sus ideas fundamentales conservan plena actualidad y merecerían el comentario, el desarrollo y la aplicación permanentes».

Según críticos eminentes, en toda la producción de Guyau no se percibe el menor asomo de dogmatismo. Sus libros no son tan sólo obras filosóficas, resultan, además, obras literarias, en las que descuella un arte y un fresco aliento de inmanente juventud.

«Uno de los mejores ejemplos —dice Marión— que daba a los jóvenes el poeta-artista, enamorado de la forma, sensible más que nadie a la música de las palabras y, maestro en todos los recursos del idioma, era el no tomar jamás la forma como un fin, de no servirse de la pluma sino para dar el pleno valor al pensamiento, a los sentimientos.»

En lo concerniente a las especulaciones intelectuales, muchos de los pensadores, los filósofos de más o menos acusado relieve, ya fallecidos, el recuerdo de cuyas ideas tan sólo se destaca en los manuales de filosofía; sus obras amarillean en las bibliotecas sin que, aparte unos pocos devotos, estén interesados en la corriente del tiempo y de las ideas, nadie se ocupa de ellos. José María Guyau supo atalayar el horizonte del tiempo; su mente fué más allá de las cuestiones circunstanciales, de los problemas efímeros que tienen un momento de fulgor y luego se apagan. No era de aquellos pensadores que se encastillaron en un dogma cualquiera, defendiendo opiniones tradicionales, rancios problemas o endeble motivaciones de detalle. Abordaba temas de un valor fundamental para el presente y para el porvenir. Y lo hacía con pleno optimismo e impulso juvenil. Por ello sus libros siguen traduciéndose, reeditándose y fragmentos de sus obras aparecen en modernas antologías. De ahí que su influencia subsista hoy entre los hombres libres, como es de creer, subsistirá mañana.

Siempre en la vanguardia de la vida, siempre en pos de un efectivo progreso y de una anhelada libertad, escribió:

*Qu'il est doux de pouvoir sans regret s'élancer,
D'être libres, de voir l'horizon nous sourire,
D'aller sans retourner la tête, et de se dire:
Vivre, c'est avancer!*

FONTAURA

En una escuela de Teruel

LECCION DE HISTORIA SÁGRADA

El profesor. — Dime, Roberto, ¿Quiénes fueron los primeros pobladores de la Tierra?

Roberto. — Según la enseñanza religiosa, los primeros pobladores de la Tierra fueron dos: Adán y Eva.

El profesor. — Muy bien. Dime, ¿Quiénes fueron Caín y Abel?

Roberto. — Caín y Abel fueron hijos de Adán y Eva.

El profesor. — Perfectamente. Así éstos eran hermanos.

Roberto. — Sí, señor.

El profesor. — ¿Qué ocurrió entre estos dos hermanos?

Roberto. — Ocurrió que el uno mató al otro.

El profesor. — ¿Cuál fué el que murió?

Roberto. — Abel.

El profesor. — ¿Cuál fué el asesino?

Roberto. — Eso depende...

El profesor. — ¿Cómo, depende?

Roberto. — Sí, señor, sí.

El profesor. — Bueno, explícate.

Roberto. — Si el crimen se cometió en España, y el que quedó en vida fué nombrado Jefe del Estado, el criminal fué el muerto.

LA ORIGINALIDAD

por Alberto CARSI



A originalidad en las personas es una cualidad valiosísima, tanto para el que la posee como para la Humanidad en general; pues las ideas nuevas son la brújula que nos guía a través del desierto de la vida en pos de una mayor perfección y un más completo goce de los elementos sociales y naturales en general.

Son, pues, apreciables cuantos aportan ideas originales, ideas nuevas de mejora y progreso, de comodidad y economía, de belleza en fin, al acervo común.

Pero, enfrentándose con esta realidad cruda y no todos podemos segregar ideas nuevas como segregar sudor, y tenemos que contentarnos con esperar que la encina del talento desprenda las dulces bellotas de la sabiduría para cosecharlas humildemente y llenos de reconocimiento.

Pero, enfrentándose con esta realidad cruda y despiadada, hay muchas personas que creen en la originalidad voluntaria, y expresan cualquier frase, o realizan cualquier obra vulgar, y creen firmemente en su originalidad, sin tener en cuenta el viejo aserto de que, en una u otra forma manifestado, «no hay nada nuevo bajo el sol», y están poseídos de que las rarezas, las atrocidades y a veces los retrocesos, son originalidades, en cuyo caso se trata de presuntuosos, de equivocados, de imperfectos de sana razón, de inconscientes puesto que son monomaniacos, y sabido es que la monomanía es el primer paso hacia la locura parcial sobre una sola idea o un sólo orden de ideas.

Citar personas originales de verdad, no es una larga tarea, porque a lo largo de la Historia son contados los que realmente merecen este excepcional título, pero, aun siendo pocas, bastaron sus sabias indicaciones para guiar hacia el progreso y el bien a la Humanidad en general sin distinciones ni preferencias. Sin embargo, la Humanidad no avanza con la velocidad y la regularidad que significa la originalidad de sus hijos excepcionales; esto es una verdad inconcusa. Existen elementos destructores de la labor de los eminentes, que son los que pudiéramos llamar originales de segunda y aun de tercera clase, que por aquel orgullo, escasa mentalidad o monomanía que anteriormente aludíamos, se dedican a crear originalidades antagónicas, interesadas o simplemente estúpidas para engrandecerse ellos con los reflejos de los verdaderos innovadores.

Podemos hacer una semejanza diciendo que la mentalidad humana tiene una vida mecánica, de acción y de reacción; la acción avanza, la reacción

retrocede, o por lo menos frena cuanto puede el empuje del Progreso.

Es asombroso ver lo que, persiguiendo la originalidad realizan las personas, sean mujeres, sean hombres. La cuestión, para ellos, es diferenciarse de los demás, demostrar que son superiores y que no son comprendidos. Los que más estragos causan son los llamados «intelectuales», pintores, escultores, poetas y literatos, autores de cinematografía y teatro y los músicos, con todos los satélites de este mundo de ficción, y finalmente el vulgo; ese vulgo que se siente innovador y original, que es necio en una gran mayoría, como dijo un autor inmortal, un hombre original auténtico.

A ese vulgo pertenecemos nosotros, las medianías, y nuestra dignidad consiste en sentirnos masa honesta y respetuosa con los originales, con los afortunados que tienen el don de arrancar los secretos de la Naturaleza y traducirlos al lenguaje vulgar para aumentar nuestra cultura. Con la curiosa particularidad de que ellos no se dan cuenta de que son originales, pues muchas veces ponen en circulación sus más bellas o sus más sutiles creaciones, con una especie de delicada reserva y tímido recelo que admira y encanta.

En cambio vemos, oímos, leemos o presenciamos ejemplares humanos poseídos de sí mismos, simples ególatras o ególatras simples, esclavos de sus trajes estrafalarios, o acompañados de animales raros; escuchando música incomprensible que más atormenta que deleita; leemos versos o versos sin sentido; presenciamos escenas lamentables de hombres-clowns, que creyendo bogar en las aguas cristalinas de un estanque, chapotean en el barro de una letrina.

Original será, y admirable, quien imagine un concepto nuevo para dignificar más a la madre, o quien invente palabras más dulces para aliviar a los enfermos. Conceptos para la amistad, para el amor al prójimo o para mitigar las desgracias. Lo será también quien anime el metal o el mármol con el aliento de su arte, hasta darle la sensibilidad de la carne, quien cree una música que enternezca el alma hasta las lágrimas de la bondad, o quien haga versos que nos engañen, haciéndonos creer que los produjo nuestra propia alma en un arrebatado de emoción sublime. Será original quien descubra el específico de la Paz Universal Permanente. Quien invente un sistema de lectura que puedan leerse cien o mil libros con el tiempo que hoy leemos uno. Quien invente un sistema de prospección subterránea que haga ver claramente la

composición interna de nuestro planeta. Quien evite el dolor y el sufrimiento. Quien restituya la vista. Quien estudie el proceso de germinación y haga producir más cantidad de frutos a la tierra. Quien encuentre el medio de suprimir la pluralidad de idiomas. Quien invente una pluma y una tinta que tracen simultáneamente cien o mil ejemplares de un escrito. Quien simplifique las leyes la contabilidad, la estadística, la aritmética... Quien resuelva el problema complejo de la alimentación, y la inmunización práctica de todas las materias contaminables. Quien descubra un sistema de riego automático, y la conservación indefinida de las sustancias alimenticias. Quien evite enfermedades, suprima pasiones y anule vicios, etc., etc. Lo demás es engruimiento infundado, orgullo, pobreza espiritual, fanfarronería y miseria en quienes se crean superiores y originales. ¿Originales de qué?

Yo conozco a un escultor que empezó bien su carrera, y ahora siempre lleva consigo un perrito raro, y lo tiene tan amaestrado para disimularlo en tranvías y despachos donde no se permiten perros, que se deja envolver en un lienzo y se queda inerte hasta que se le libera. Mi perro —dice— es mi mascota; la gente me admira y me califica de «original». Entre tanto, nuestro hombre ha descuidado su arte confiando en su originalidad, y el hambre ha llamado a veces a su puerta.

Cruzo el saludo con un poeta que ha producido versos como éste:

«¿Quién buscaba las heridas
entre el humo de la vida?
Tal vez un geranio,
un pájaro o un océano.»

Mientras, Antonio Machado, escribía:
«¿Tu verdad? No. La Verdad,
y ven conmigo a buscarla.
La tuya guárdatela.»

Lo uno es un ripio, lo otro una magnífica originalidad.

Un conocido mío dejó de estudiar a media carrera de Ingeniero y se dedicó a descubrir el movimiento continuo. Se creía un Dios y murió en el manicomio.

El dependiente de un colmado, siempre me mostraba grandes papeles repletos de operaciones aritméticas. Estaba resolviendo la cuadratura del círculo. Mientras, Le Verrier acababa de descubrir el planeta Neptuno por el cálculo.

Conocí a un sujeto que toda su originalidad consistía en llevar el pelo y la suña en la completa libertad del hombre de las cavernas.

No hablemos de los pintores impresionistas y cubistas. No hablemos de las enfermedades mentales. Eso no es originalidad ni nada que se parezca, eso es vanidad, o sencillamente, casos clínicos que llaman a compasión.

Para ser original es preciso ser universalista y enciclopedista, sensible, generoso y perfectamente equilibrado, severo en los conceptos y cauto en las apreciaciones. Buscar la verdad a toda costa con la luz de la Razón para orientación y por guía.

La persona que se apoya en estos principios, es lógica y reposada, metódica y tenaz, sencilla y modesta, que sabrá observar las cosas y los hechos por todas sus caras y bajo todos sus aspectos, y en los momentos de exaltación espiritual en que el ser deja todo el bagaje de la materia y vuela electrizado como el rayo a través del espacio, verá el átomo de verdad que ha sabido conquistar de entre la polvareda inmensa de espejismo y apariencias; lo prenderá con las diminutas pinzas de su cerebro, y será original. Y será original, porque entonces, y sólo entonces, nacerán los mundos de Miguel Ángel, de Rembrandt, de Velázquez, de los artistas griegos dando vida a la Venus de Milo, al Discóbolo y a la Victoria de Samotracia. A las sonatas de Beethoven, las fugas de Bach o las goyescas de Granados. Los mundos de Gutenberg inventando la imprenta, Stephenson la locomotora, Galileo el telescopio, Testa los Rayos X, Curie el Radium, Edison la lámpara eléctrica y el fonógrafo. Los mundos de Victor Hugo, Goya y Cervantes descubriendo nuevas facetas de la Moral, y de Colón con su Nuevo Mundo; de Servet captando los secretos de la circulación de la sangre que le valió ser quemado vivo. Franklin, inventor del pararrayos; Daguerre, de la Fotografía; Lyell, de la Geología y la Paleontología modernas. Y recordando las huellas del hombre de las cavernas, que inventaron el dibujo y que captaron la obtención de los metales y efectuaron por primera vez la cocción de los alimentos con vasijas de barro y la plantación de cereales y los forrajes.

En un cuaderno que tengo preparado para redactar mi Diccionario Comentado de Artes y Oficios tengo anotados 1.030 nombres y sus respectivas especialidades de cerebros originales, de astros de primera magnitud del cielo de la inteligencia.

Y lo grande y admirable del conjunto de seres verdaderamente originales, es que quizás ninguno de ellos se propuso ser original, ni acaso supo nunca que lo había sido, y para ser justo con ellos, podríamos añadir que no les interesaba saberlo, pues las creaciones ya encuentran en ellas mismas el pago de su valor con la huella profunda que dejan sobre las páginas imborrables de la Historia escrita y sobre la Historia vivida por la Humanidad, la cual se beneficia de los adelantos aportados por esas creaciones, que son originales por esto sencillamente, porque son creaciones.

El viejo de la barba blanca, que es el tiempo, irá poniendo cada cosa en su lugar oportunamente, ya que tiene dispuesto, desde siempre, un lugar para cada cosa. Rendirse a la evidencia es una virtud. No queramos ser originales, desdeñando la verdadera, la sencilla, la noble originalidad, la creada por la Naturaleza, no la inventada por la fatuidad y la estultez de ciertos hombres por mil conceptos despreciables.

De la España Musulmana

por Rodolfo **ROCKER**

Fernando de Aragón e Isabel la Católica reinaron sobre los diversos Estados. En los pequeños Estados subsistió como forma de gobierno la monarquía electiva que después fué substituida por la hereditaria. Sin embargo, después que con la toma de Granada cayó el último baluarte del islamismo en España y con el matrimonio de Fernando e Isabel se echaron los primeros fundamentos del Estado nacional unitario, transcurrió aun mucho tiempo antes de que la monarquía lograra someter a su dominio todas las instituciones sociales del país.

«No existía la nación —dice Garrido— ni en el terreno económico, ni en el administrativo, ni en el de la política. La unidad tenía su expresión únicamente en la persona del monarca que gobernaba varios reinos, cada uno de los cuales tenía su propia constitución, su código, su moneda y hasta su propio sistema de pesas y medidas»...

Antes de que el Estado unitario lograra imponerse del todo fué necesario abolir los antiguos derechos de los municipios y provincias, cuyas libertades estribaban en los llamados **fueros** o estatutos municipales. Y no era, por cierto, tarea fácil.

Al invadir los árabes el país, una pequeña parte de la población, especialmente la nobleza, huyó a la abrupta región montañosa del norte de la península, pero una gran mayoría de los habitantes de raza ibérica y romana y hasta buena parte de los godos, desheredados de la fortuna, permanecieron tranquilos en sus antiguas viviendas, sobre todo al advertir que los vencedores les trataban con indulgencia y hasta con consideración. Más aún, muchos de ellos abrazaron el islamismo.

Todos, sin embargo, musulmanes y cristianos, gozaban de las ventajas del libre estatuto municipal de los árabes, bereberes y asirios, el cual daba amplio campo a su sentimiento de independencia. En cuanto a los españoles, si bien en el decurso de esas interminables luchas arrebataron a los sarracenos alguna que otra ciudad o algún nuevo territorio, en todo caso hubieron de respetar y dejar intactos los antiguos derechos de los municipios; si habían precedido a la conquista prolongados combates en virtud de los cuales los habitantes del país habían tenido que abandonarlo o ser exterminados por el vencedor, éste venía obligado a otorgar a los nuevos pobladores un fuero que les asegurase amplios derechos y libertades locales. Este era el único medio para proteger de contraataques el territorio recuperado y mantenerlo en poder del vencedor.

La bibliografía española cuenta con gran número de importantes obras sobre la historia de estos

municipios, tanto urbanos como rurales, y sus fueros. De ellas se desprende que la administración municipal radicaba en la asamblea del pueblo, a la que los habitantes de la localidad eran convocados todos los domingos al llamado de las campanas para deliberar y tomar acuerdos sobre los asuntos de público interés (Eduardo Hinojosa: «El origen del régimen municipal en Castilla y León»).

El espíritu que informaba a esos municipios era absolutamente democrático y velaba celosamente por los derechos locales de los mismos, dispuesto siempre a ampararlos con todos los medios a su alcance y a resguardarlos de las usurpaciones de los nobles y de la corona. En estas luchas desempeñaron importante papel las corporaciones de los artesanos urbanos, los cuales constituyeron elemento utilísimo en la rica y variada historia de los municipios españoles, que representaban la causa del pueblo. A este propósito dice Zancada:

«Entre los varios factores que contribuyeron poderosamente a la dignificación y mejora del municipio figura un elemento común: que en Cataluña reinó un espíritu de mayor libertad y se vivió una vida favoreció intensamente el desarrollo de estas organizaciones populares. Este elemento, que disponía de grandes energías, fué la asociación profesional de la población artesana, que actuaba a modo de contrapeso contra la tiranía de los barones feudales y bajo cuyo amparo el artesano logró hacer respetar sus derechos. Esta asociación fué a la vez excelente medio para mejorar la situación económica de los profesionales de las respectivas industrias.»

Como en otros países, también en España formaron los municipios grandes y pequeñas federaciones a fin de defender con mayor eficacia sus antiguos derechos. De estas alianzas y de los fueros urbanos, surgieron en los varios Estados cristianos las Cortes, los primeros gérmenes de la representación popular, que en España tomó cuerpo más de un siglo antes que en Inglaterra. De hecho, el recuerdo de los **municipios libres** no se borró nunca del todo en España, y volvió a figurar en primera línea en todas las sublevaciones que desde hace varios siglos conmovieron periódicamente el país.

Hoy día no hay en toda Europa país alguno en que el espíritu del federalismo esté tan incorporado en el pueblo como en España. Y esta es también la causa de que hasta la fecha los movimientos sociales de este país estén animados de un espíritu de libertad en una medida que no se ve en ningún otro país.

En los Estados cristianos del Norte de la pen-

ínsula ibérica duró esta situación bastante tiempo, hasta que empezó a brillar una cierta cultura. La vida social de los restos de la población visigoda mantuvo durante cuatrocientos años sus primitivas formas pudiéndose, por lo tanto, afirmar que entre ellos no hubo rastro de cultura alguna superior. Dice Diercks en su «Historia de España»:

«La cultura del norte de España siguió siendo completamente distinta de la que prevalecía en la parte sur de la península. Si vemos aquí florecientes todas las ramas de la cultura material y espiritual, y el Estado, por el contrario, estancado en un grado relativamente bajo y con escasas modificaciones, es porque las relaciones que se formaron en el norte contenían en sí mismas el desarrollo del Estado y el centro exacto de las instituciones legales.»

Es éste un hecho de grandísima importancia y de cuyo alcance probablemente no se apercebía Diercks.

En la España árabe, si la cultura logró un desarrollo normal y sosegado, fué precisamente porque allí el poder del Estado no pudo concentrarse nunca plenamente, mientras que en el norte de la península esta cultura tardó largo tiempo en arraigar, porque los esfuerzos de la política estatal habían relegado a último término todos los intereses del precomún y hasta la fecha de la toma de Zaragoza y Toledo no se operó la gran transformación, un proceso en que la influencia sarracena adquirió importancia decisiva.

Únicamente formaron una excepción Cataluña, y Barcelona sobre todo, donde la cultura social y espiritual llegó a un alto grado de progreso mucho antes que en los demás Estados cristianos de la península, debido a las estrechas relaciones que Cataluña mantenía con el mediodía de Francia, que antes de la cruzada contra los albigenses formaba parte de las regiones intelectual y culturalmente más desarrolladas de Europa.

Los catalanes, además, no se creyeron obligados por la prohibición del papa y mantuvieron activo comercio con los Estados sarracenos del mediodía de la península, lo cual, naturalmente, hubo de dar lugar a un contacto más íntimo con la cultura árabe. Así se explica por cultura más intensa que en los demás Estados cristianos de la península. Esta diferencia que, con los vejámenes del regio despotismo, al arrebatar violentamente a Cataluña sus derechos y libertades, se hizo más sensible en la conciencia de los catalanes, los convirtió en enemigos jurados de Castilla y creó abierta oposición, que aún hoy existe, entre Cataluña y el resto de España.

Mientras el poder real — que después del matrimonio de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla se intensificó más y más — se vio obligado a respetar los antiguos privilegios de los Municipios y provincias, floreció en las ciudades una exuberante cultura que, transmitida por los árabes a los españoles, llegó sucesivamente a tener existencia propia e independiente. En los comienzos del siglo dieciséis todas las industrias tenían aún pleno auge: los españoles — como dice Fernando Garrido — habían aprendido de los moros

el cardado y teñido de la lana, y los tejidos de León, Segovia, Burgos y Extremadura, eran los mejores del mundo. En las provincias de Córdoba, Murcia, Granada, Sevilla, Toledo y Valencia, florecía como en ninguna otra parte del orbe la industria sedera, dando ocupación y sustento a la mayor parte de sus habitantes. La vida de las ciudades parecía remedar la solícita actividad de las abejas al construir sus panales, y al par de la industria llegaron las artes a un magnífico desarrollo, especialmente la arquitectura. Brillante testimonio de este apogeo son las catedrales de Burgos, León, Toledo y Barcelona.

Naturalmente, con la unión de las dos coronas no se extinguieron las rivalidades entre los diversos Estados, especialmente las que separaban a Castilla de las otras regiones; por lo mismo no pudo el poder público levantar en seguida el brazo en son de amenaza contra los municipios; antes bien, se vió a menudo obligado a someterse a las decisiones de las Cortes, las únicas que podían concederle el dinero que necesitaba para sus empresas.

A pesar de esto, ya el poderoso cardenal Giménez de Cisneros, confesor de la reina Isabel, preparó la campaña contra los privilegios de los municipios. En esa lucha, uno de los más valiosos instrumentos para el triunfo de la realeza absolutista fué la Inquisición, a la que muchos han señalado como creación exclusiva de la Iglesia y su instrumento; sin razón por cierto, puesto que la Inquisición era simplemente un engranaje especial en la maquinaria gubernamental y tenía por objeto robustecer el poderío del absolutismo y favorecer su completo desarrollo.

Como en España los esfuerzos en pro de la implantación del Estado nacional unitario y la unidad de la fe religiosa estaban íntimamente ligados entre sí, colaboraron la Iglesia y la Monarquía; pero no obstante, la Iglesia en mucho mayor escala fué un instrumento en manos del despotismo real, cuyos planes favorecía y con su celo religioso dió aquella nota especial que en ningún otro país presentó el absolutismo. Lo cierto es que la Inquisición, gracias a la realeza española, obtuvo aquel terrible significado que le valió la maldición de las sucesivas generaciones. En su libro sobre la España actual, reproduce Garrido una estadística del abate Montgaillard, según la cual, desde 1481 hasta 1781 fueron quemadas vivas en España 31.920 personas y 16.759 en efigie. El total de las víctimas — cuyos bienes confiscó el Estado asciende a 341.029. Y añade Garrido que esta cifra es muy moderada.

Fernando el Católico ya había intentado limitar por la violencia el antiguo derecho municipal en varias partes del país; pero hubo de proceder aún con gran cautela y paliar, con todo género de pretextos, sus propios y verdaderos designios. Bajo el gobierno de Carlos I (el emperador Carlos V de Alemania) continuó la corona con redoblado empeño sus ensayos en dicho sentido, dando esto ocasión al gran levantamiento de las ciudades castellanas en 1521. Los rebeldes obtuvieron al principio algunos pequeños triunfos, pero el ejército de

los comuneros no tardó en ser derrotado en Villalar, y Juan de Padilla, el principal caudillo del movimiento, fué ejecutado con algunos de sus compañeros de rebelión.

Casi al mismo tiempo fué sofocada, tras sangrientas luchas, la sublevación de las llamadas Germanías, que eran unas hermandades (gremios) de artesanos de la provincia de Valencia. Con estas victorias de la corona se preparó un sangriento fin a los estatutos municipales vigentes desde principios del siglo XI en los Estados cristianos españoles. Después, en tiempo de Felipe II, una vez sofocada en Zaragoza, con sangre de los rebeldes, la sublevación de los aragoneses y decapitado el Justicia Mayor, Lanuza, por orden del déspota violador de la Constitución, el absolutismo se afirmó sólidamente, quedando a salvo de cualquier seria conmoción que pudiese producirse en otras partes del país.

De este modo empezó su vida el Estado nacional unitario bajo la dirección de la Monarquía absoluta. España fué la primera gran potencia del mundo, y sus esfuerzos en el terreno del poder político influyeron enormemente en la política de Europa; pero con el triunfo del Estado nacional unitario español y con la brutal supresión de todos los derechos y libertades locales se secaron las fuentes de toda la cultura material y espiritual, cayendo el país en lastimoso estado de barbarie. No lograron salvarle del colapso cultural las inagotables corrientes de oro y de plata que afluían de las jóvenes colonias de América a la metrópoli. Más bien podría decirse que lo aceleraron.

Con la cruel expulsión de los moros y judíos había perdido España sus mejores brazos, tanto para la industria como para la agricultura: la admirable organización de regadíos implantada por los moros decayó miserablemente y las regiones antes fertilísimas se convirtieron en terrenos yermos e incultos. España, que en la primera mitad del siglo XVI exportaba aún cereales a otros países, ya en 1610 se vió obligada a importarlos del extranjero, a pesar de la disminución constante de la población. A raíz de la toma de Granada contaba el país unos doce millones de habitantes, y ya bajo el reinado de Felipe II esta cifra había bajado a unos ocho millones; el censo que se hizo en la segunda mitad del siglo XVI ya no dió más que 6.843.672 habitantes. España, que un principio no sólo proveía a sus colonias de todos sus productos industriales que necesitaban, sino que además mandaba al extranjero importantes par-

tidas de sedas, paños y otras manufacturas, hubo de ver hacia fines del siglo XVII cómo tres cuartas partes de su población vestía telas de importación extranjera. La industria estaba en plena decadencia, y en Castilla y otras regiones, el gobierno había tenido que dar la tierra en arriendo a extranjeros, y lo más lamentable era que los hombres, en virtud de la constante opresión de que eran víctimas, habían perdido el amor al trabajo; así, los que buenamente podían, se hacían frailes o soldados, contribuyendo todo ello a aumentar hasta lo increíble la incultura del espíritu. El trabajo era tenido en tan poca estima que ya en 1781 la Academia de Madrid ofreció un premio a la mejor Memoria en que se demostrase que el trabajo manual útil no rebaja en manera alguna al hombre ni mancilla en nada su honradez.

La miseria había rebajado al orgullo y matado la libertad — dice Garrido —. La superstición atrajo el más terrible de los azotes, haciendo que la mayor parte de las fortunas fuesen a parar a manos muertas. El empeño por crear mayorazgos y ceder sus bienes a la Iglesia, llegó a tal extremo, que a comienzos de la revolución en el siglo XIX, más de tres cuartas partes del suelo español estaba gravado con servidumbre.

Podría alguien objetar que fué precisamente en la época del absolutismo cuando la literatura y la pintura llegaron en España a su apogeo. Sin embargo, no hay que dejarse engañar por las apariencias: lo que entonces crearon las bellas artes fué simplemente cierto sedimento espiritual de una época ya pasada y que no fecundó más que a unos espíritus excepcionales, cuyas creaciones hallaron favor únicamente entre una escasa minoría y no tuvieron eco alguno en el pueblo. Con razón, pues, observa Diercks:

«Si bien es cierto que paralelamente a la decadencia del Estado se produjeron importantes obras en varios sectores de la cultura, y florecieron exuberantemente la poesía y la pintura, ello no puede ser falso espejismo de las verdaderas causas de la decadencia general de España, que ni aun así pudo contenerse. La vitalidad subsistente aún en el pueblo, obró en los únicos terrenos en que podía desarrollarse, dada la opresión del despotismo eclesiástico y civil».

El gran desarrollo de la literatura rusa en la época del zarismo, es un excelente ejemplo que corrobora la exactitud de este punto de vista. Por lo demás, este brillante empuje de la literatura española no fué de larga duración, y su rápida decadencia se hizo después fuertemente sensible.



EXAMEN

Compromisos que nos comprometen

«**L**a vida misma es un compromiso». He ahí que vuelven a repetirse, en ediciones nuevas y largos adicionales, corregidos y aumentados, los legendarios sonsonetes para ridiculizar y combatir tesis anárquicas. Lógicamente cábenos, también, el derecho a la réplica correctiva, tan siquiera sea para aclarar ciertas leyendas.

Atribuyendo al anarquismo militante, de antaño y hogaño, el individualismo tan obtuso y porfiado de Stirner, aquel que reza: «Yo solo, únicamente yo», como principio y fin; o el inhibicionismo de Ryner, que culmina en el encierro voluntario en su torre marfileña, so pretexto de su neo-individualismo matizado y temeroso de mezclas o unificaciones ruinosas, se comete un grave error de apreciación.

Con el principio de organización federalista adoptado abiertamente por el anarquismo, y con sus finalidades comunistas o socialistas libertarias específicamente proclamadas, creemos que debería quedar aclarada la leyenda histórica.

Ahora bien, como quiera que el peñasco ha sido lanzado con mayores bríos y para alcanzar objetivos más amplios, precisamente para derruir nuestro individualismo consciente y nuestro espíritu de independencia, forzoso nos será una más extensa y convincente defensa.

«La vida misma es un compromiso». ¿Quiere significarse con ello nuestra naturaleza determinada?

Ciertamente, no vamos a negar que ciertos fenómenos naturales implican dependencia del hombre a las cosas que le rodean, ajenas a su poder volitivo y a expensas de su facultad libérrima. Mas gracias a la ciencia del hombre hoy puede evitarse el rayo mortífero, y combatir con éxito la rabia sobrevenida tras el inopinado mordisco del perro. Este espíritu libertario que en su progresión la verdadera ciencia sanciona, no puede

ponerse en duda. Luego, es que hemos perdido la pista.

¿Es frente al hombre, a la sociedad, cuando se revela esta determinada tendencia?

Tampoco lo negaremos. Sabemos que el inexperimentado mozuelo puede ser engañado arteramente, y por ende humillado, por las mañas de un viejo zorro. E inversamente, que el más sabio de los ancianos puede ser vencido y vejado por una legión de corpulentos jovencuelos fanatizados. Pero, pese a ello, ¿puede reprochárse nos nuestras convicciones tendentes a coordinar la destreza y la fuerza, la experiencia y el impulso mediante el pacto entre libres e iguales y con fines determinados? Por ello estamos laborando, y deberá convenirse y convencerse que en este aspecto los anarquistas somos determi-

nantes. Ahora bien, que no se nos pongan dilemas de este calibre: «O ser pastor alguna vez, o rebaño eternamente», que por tales horcas caudinas no pasamos. Preferible es ser la eterna oveja descarriada.

Porque los demás pactos no cuentan. Entre Estados, los pactos que rubrican los diplomáticos, aun aquellos que garantizan la paz, acaban acribillándolos de impactos los castrenses. Y entre gitanos, ¿cuál es el trato que no se sella a navajazos?

No podemos contractar, pues, compromisos con gente de tal jaez. Con diplomáticos de sombrero de copa y frac, corremos el riesgo de ser copados y fracasar, pues que no nos permite nuestra ética usar semejantes artimañas en ellos consubstanciales. Y entre gitanos de zurriaga, bigote y tijera, seguro que saldremos despeleados, enredados y trasquilados, al no poder hacer uso de las tretas propias de tales cofrades.

Esta clase de compromisos, tratos o pactos, con cláusulas que implican claudicaciones, significan la garantía suprema del tirano. Agarrotado de pies y manos es tanto como dejar a su libre arbitrio nuestro destino libertario.

La vida, que tanto amamos, sólo un compromiso exige del libertario. La de vivirla libre y dignamente. Y esto, aun cuando implique un sacrificio o martirologio diario, o exija una muerte prematura y heroica en defensa de las libertades esenciales.

Y si después de tantos héroes y mártires como el anarquismo tuvo y tiene en sus filas, en pro de su libertad y de la de sus pueblos, se nos viene tildando de inhibicionistas y sectarios, individualistas y escépticos, habrá que cargar a la malevolencia lo que hasta ahora habíamos achacado al olvido e ignorancia.

Desearíamos que este pequeño tratado, sin ínfulas ni insulas, bastará para ahorrarnos posteriormente ciertos retratos.

PLACIDO BRAVO

A BUEN ENTENDEDOR...

Por una sustitución de motivo, lo que primeramente se había escogido con cierta repugnancia como medio, puede arraigar en el alma y convertirse, por último, en fin principal. Lo que logró introducirse bajo una forma puramente ideal, puede, gracias a una amargura creciente, terminar en odio ciego y en violenta necesidad de destrucción. El que empieza a buscar medios que luego es preciso «justificar», se aventura en una senda por demás peligrosa. Sirva de testimonio la historia de los golpes de Estado y otros atentados. Aparte la sustitución espontánea de los motivos, existe una reflexión; por ejemplo: cuando se «desvía la intención, para tener derecho a ejecutar el acto que plazca.

H. HOFFDING

El pensamiento vivo de José Prat

(Continuación)

AIRE PURO

«ROLLUND. — Vous! Mille pardons, mademoiselle; mais que voulez-vous faire dans notre société?»

MLLE. LONA. — Lui donner de l'air, monsieur le pasteur».

(Ibsen, «Les soutiens de la Société. Acto I, escena XVII)

El principio de autoridad ofusca la razón hasta el punto de no querer ver que el sufragio y el parlamentarismo son una farsa, lo mismo en Monarquía que en República; que el Estado lo mismo atropella el derecho en monarquía absoluta que en monarquía constitucional, en República unitaria que en República federal; que lo mismo se vuelve absorbente y conquistadora la Rusia absolutista que los Estados Unidos, y que si no fuera por la oposición tenaz de los «sans-culottes» de todos los países, todos los diversos sistemas políticos acabarían en el más desenfrenado despotismo, que es lo que duerme y acecha siempre en el fondo, aun de la menor cantidad posible de gobierno...

Conviene decirlo muy alto: es una mentira el derecho y la justicia de que nos blasonamos poseedores; el derecho y la justicia serán siempre barbaries mientras se argumenten con el fusil y con la fuerza material; mentira es esta civilización pintada con sangre, pues no hemos salido aún del estado de barbarie.

En este galimatías internacional y bárbaro todo el mundo pretende que le asiste el derecho, y este derecho es el de reventar al prójimo, por medio de la fuerza brutal.

La fuerza rige los mundos y los organismos... se dice; sea. ¿Pero no hay más fuerza directora que la material? El hombre, ¿ha de ser siempre el salvaje que recurre a los puños y no a la razón?

La España frailuna y ajesuizada, la España totera y tabernaria, la del chafarote y de la porra gubernamental, la marcada con el sello de la idiotez política, es un país de brutos, revolcándose en su propia sangre.

Donde gobierna el mauser la razón debe quedar forzosamente excluida de las relaciones individuales.

Hay brutos porque la escuela, la sacristía y el cuartel los educa para bestias.

Todas las relaciones sexuales giran alrededor de la propiedad: ¿qué es la «fidelidad» sino la manifestación palpable de que el individuo se cree con derecho a la posesión absoluta y exclusiva del individuo de otro sexo?

¿Qué es la «virginidad» que el hombre exige de su futura consorte, sino la exclusión de todo poseedor que no sea el marido?

«Mía, sólo mía y no de otro», dice el enamorado, celoso de que le arrebaten a la que ya considera como propiedad suya; y si la «mujer-cosa» defrauda este deseo de propietario, ¿qué extraño tiene que éste se sienta robado y la mate?

«Mía eternamente» dicen los imbéciles educados por una Iglesia que soldaba matrimonios cual pudiera ensamblar maderamen para un mueble, sin tener para nada en cuenta la inestabilidad de los sentimientos y la variabilidad de los deseos.

«Mía o de la muerte» responden como un lúgubre eco, los que en su apasionamiento no tienen discernimiento bastante para saber dónde principia y acaba el derecho del macho.

Brutos y más brutos son los que matan a la mujer amada, pero son brutos inconscientes, impulsivos empujados por la brutalidad de teorías y prácticas aceptadas como cosa corriente y corriente.

...Es necesario que el Navio Pirata sea denunciado; que la Gran Mentira sea desenmascarada; que el Emblema de la Brutalidad, empeñado en vestirse con el ropaje azul del Idealismo y cantar las proas sinfónicas de la sentimentalidad, sea mostrado en toda su salvaje desnudez de Hecho Proditorio, sin más voz que el grito inarticulado y feroz de la bestia primitiva.

VARGAS VILA («Belona Dea Orbi»)

★
La misma desigualdad que impera soberana en el seno de la sociedad, reina también en el seno de la familia; el marido goza de «privilegios» que no tiene la mujer.

★
Sácese el mono que aún llevamos dentro, hártese el bruto de repartir navajazos, que no ha de faltar un farol para colgar a los fabricantes de códigos del exclusivismo y para los sacerdotes de religiones esclavizadoras.

★
Las sociedades actuales son bárbaras hasta la médula, más bárbaras que aquellas toscas sociedades de los primitivos, en las que la solidaridad estrecha que unía a todos sus miembros nos da la prueba, como hace resaltar G. Tarde, de un altruismo y una sensibilidad que para sí quisiera la mayoría que hoy se apoda civilizada porque va en automóvil y se comunica a enormes distancias sin alambres conductores.

★
No hace muchas semanas la prensa nos contaba cómo cerca de medio millón de italianos han abandonado el patrio suelo en poco tiempo porque en él faltábales hasta lo más indispensable; pueblos enteros, como aquí el de Boada, han quedado desiertos en Sicilia; la patria no pudo arbitrar un menduga para aquellos infelices creadores de riqueza, pero si pudo hallar dinero para costear los grandes e improductivos acorazados que la colocan en el rango de primera potencia.

★
Esta sociedad de muerte es un hosanna a la explotación y un himno al egoísmo; ni justicia ni sensibilidad: por doquier predominio de la barbarie.

★
Moralmente la humanidad no ha avanzado gran cosa: el harapo cubre al esclavo contento con pan y toros; el frac al canibal que revuelve su flecha en la herida del enemigo; todos pobres de corazón, pobres de mente, gracias a nuestro modo de convivencia social, que ha atrofiado a los de abajo e hipertrofiado a los de arriba.

★
El salvaje, cuando tropieza contra una piedra, la muerde furiosamente, creyéndola animada, y la deja luego en el camino; nosotros hacemos peor: tropezamos a cada momento con las obstaculizadoras piedras de la propiedad privada que fabri-

... La acción brutal, el automatismo animal, espantan las naturalezas delicadas, y las arrojan en el aislamiento, en la zona de la intelectualidad meditativa que permite mejor, con el crecimiento austero y consciente de la personalidad, la libre expansión del subconsciente, de ese algo sagrado que sube del instinto profundo hacia la luz inmensa.

VARGAS VILA («Lirio blanco»)

ca pobres y egoístas, de la religión que nos venda los ojos y nos enseña a resignarnos, del Estado que por toda protección nos amordaza y encarcela... y aun hay quien las adora.

★
Bestias que no sabemos ser hombres, nos envanecemos con un progreso material que no ha beneficiado por igual a todo el mundo y nos ha dejado moralmente peor que al hombre fraterno y igualitario de las primitivas épocas...

★
El medio, realmente, influye grandemente para formar al hombre: a los veintidós años, Napoleón discurría como un anarquista; emperador, fué un bandido de coronas y un asolador de pueblos.

★
¿Queréis que el animal llamado hombre deje de ser feroz, pertenezca a la clase que fuere? Cambiad el medio social, civilizad este medio; borrad esta ferocidad suprimiendo las instituciones sociales que la engendran; cambiad el modo de ser de la convivencia social; pero, civilizad este medio de verdad, no con simulacros de justicia y de derecho que se estrellan ante este principio de la competencia en que descansa toda esta vida social nuestra; atacad el problema en sus raíces.

★
La sociedad actual es una inmensa guarida de lobos; lobos que comen y lobos que no comen. Los «burros malvados» no saben lo que es sentir hambre, y ni siquiera se dan cuenta de que otros pudieran sentirla.

★
No lloréis como chiquillos y aprended a vivir como hombres.

Siempre en los grandes momentos de trastorno mundial, ha habido hombres que se han entregado al pesimismo más extremo, creyendo llegado el fin del mundo... y el mundo ha continuado marchando.

★
No hay lucha sin ideal y sin ideal la vida no es vida.

Es querer empeñarse en negar los indiscutibles factores inteligencia y voluntad, pretender que el hombre no puede llegar a crear otros medios de convivencia social en que la autoridad, la coacción material y la explotación económica del hombre por el hombre queden anulados del todo.

★
Si la democracia ha reducido la autoridad del autócrata a su mínima expresión, ¿por qué el hombre no ha de poder suprimir la autoridad de la democracia, afirmando la anarquía?

★
Los doministas han convertido en campo de matanza una tierra que se podía haber utilizado para sede de la igualdad y de la fraternidad.

★
La anarquía vendrá, porque está en la naturaleza de las cosas que así sea, y porque nuestra tenacidad es inagotable y profunda nuestra convicción de que, como dijo el republicano escritor italiano Juan Bovio: «anárquico es el pensamiento y hacia la anarquía marcha la historia».

Selección de V. MUÑOZ

LOS FRANCESES Y EL EXILIO

EL CUADRILATERO

BURDEOS - MARSELLA - CERBERA - HENDAYA

H E aquí el volumen más denso de exilados españoles en Francia. Tolosa viene a ser, de cara al Pirineo, el núcleo, con el territorio de su departamento, que tiene más españoles desde 1939 dentro del cuadrilátero señalado.

Se puede andar desde Tolosa al Mediterráneo y a Burdeos por tierra trabajada a base de mano de obra española. Y no sólo tierra. Hay explotaciones forestales en el cuadrilátero marcado donde todo es español, excepto los pinos. Y conocemos bravos obreros españoles del modoico que han modernizado y refinado los procedimientos. Por ejemplo: en Castelnau-dary.

En pueblos crecidos como Lézignan, entre Narbona y Carcasona, si queréis comprar una lechuga o un cesto de cebollas, habéis de ir a parar a hortelanos levantinos. Por aquella región vinatera, si llegáis de vacaciones a descansar y no vais a vendimiar, os echarán de casa. La fiebre de la vendimia es más alta que otra cualquiera. Lo domina todo. Es una fiebre implacable, fundamentalmente española. Y no sólo para la vendimia, sino para todo lo que se relaciona con la viña: injerto, poda, destilería, acopio de sarmientos, bodega recogida de la uva que queda después de pasar la hueste de vendimiadores, selección de racimos para secar de manera que se evapore el agua y adquiera mayor grado el mosto.

En Montpellier y Sète, por las vertientes de Frontignan, por los viñedos girondinos, en Beziers y sus tierras, brazos de España acumulan millones de litros de vino. En Pezenas he visto labrar hace cinco años con caballo grande, como elefante, a Amador Franco. Cruzando desde Burdeos a Bram, Raúl Carballeira nos llevaba y traía con diligente prisa, en contraste con sus pausas orales, papeles de resistencia. Pepin nos daba una buena conferencia en un pueblo bloqueado por viñedos y pequeños rectángulos de huerta improvisada, donde el agua es casi un milagro.

En las Landas, la madera es un motivo de actividad española, incluso en fabricar ataúdes. Serrerías, talleres de mobiliario, minas y bosques, vías y fundiciones, transporte, todo tiene, como los talleres, un sino español.

En un café del Midi había cierta orquesta de circunstancias. A veces dejaba oír un pasodoble gitano o un swing-calé. El público francés pedía «La paloma». Luego tocaban «Mi jaca». Hasta el camarero trepidaba. Y, sin embargo, era francés. Por tal le tenía. Y francés era, en efecto. Pero le pregunté después de tomar café por su madre y me contestó que era andaluza, añadiendo con salero:

—De Córdoba na meno...

Otro café del Midi estaba a las horas de asueto lleno de españoles que gritaban siempre y manoteaban como

tienen por costumbre. La clientela francesa se retraía. Sus plácidas partidas de naipes quedaban interrumpidas por el griterío ibérico... Hasta que el patrón del café puso este letrero en el establecimiento: «On parle français».

En Montauban, se puede cruzar el Tarn desde la estación y llegar a la altura del puente del Consol oyendo sólo castellano y catalán. Frente al Teatro Municipal, las tertulias de españoles sólo dejan de discutir a ciertas horas porque hay que trabajar. En Burdeos, los españoles que transitan por Victor Hugo son tan abundantes que a ratos parece que se está en la Rambla barcelonesa. El boulevard tolosano perpendicular a Jean Jaurès se diría que es la Ronda de Barcelona, hacia el lugar que ocupaba el desaparecido Teatro Olimpia. Perpiñán es una Barcelona chica.

Los pueblos del Ariège están más que llenos de españoles. En medio de aquellos paisajes maravillosos, el maño agricultor es tonelero o carbonero, la mujer de fábrica, pantalonera. En las colas de venta de pescado, las españolas hablan a gritos. Los arrancapinos ya no pasan apuros para entenderse con la «epicière». El cine y la danza, las merendolas fraternales y las excursiones tienen mucha boga entre los jóvenes, que llegan de una «ferme» en bicicleta a casa de un español y nos hablan incansablemente, como los viejos, del pueblo de origen. Tarbes, Pau y Bayona tienen prestancia vasca.

En los trenes del Midi, los españoles hablan sin parar. Cambian direcciones y algún trago, cigarros, ilusiones. ¡Bah! Las ilusiones duran lo que los cigarros. Pero no tarda en circular otro cigarro y otra ilusión. Las mentes doloridas por una decepción no pueden seguir el zigzag de ilusiones y bromas. Parecen seguir su agonía serena sin remordimiento.

Cuando dos españoles que no se conocen se encuentran en el tren se convierten automáticamente en una especie de espías. ¿De qué partido será éste? La región se descubre al minuto. El partido, no. Y hay que descubrirlo. Si la prensa que se lleva entre manos no lo descubre, hay en el diálogo cierto recelo y ocurre entonces con frecuencia que los interlocutores quedan decepcionados. Ahora, más que decepcionados quedarían si descubrieran que son enemigos. La despedida queda congelada por terribles secretos.

Esta muchedumbre española que llena el Midi, que en Marsella compite con los italianos, en las minas con los polacos y en algún «chantier» con los árabes, no vive más que de su trabajo. Cuando vuelva a España será y estará... por muchos años. Pero aquí también se puede ser dejando de estar.

FELIPE ALAIZ

des tienen hoy el prestigio que era antes de los letrados y los Mandarines, y se sienten envueltos en el respeto silencioso que les correspondía. La existencia de esta nueva élite, el valor que se le reconoce, testimonian un cambio de la cultura china que prepara una transformación total. La China comienza a considerar el valor de la juventud, o más exactamente, su poderío.

La década que se abre el 19, aproximadamente hasta el 27 se desarrolla bajo diversos signos: la de una radicalización cada vez más honda de las masas y de los dirigentes, una decadencia de la religiosidad, y la búsqueda — un poco a ciegas — de una estabilidad interior.

Empezando por esto último, digamos que la caída del Imperio manchú había dado lugar a un personaje muy típico que llega hasta nuestros días: «el señor de la guerra». Es un señor local, jefe de un pequeño ejército, un poco bandido, un poco feudal; expoliador de sus campesinos, títere de los gobiernos extranjeros. Con su pequeño ejército lucha en los veranos y primaveras contra sus rivales vecinos, y saquea a las ciudades cercanas sin llegar nunca a tener una estabilidad definitiva. La mayor parte de China estaba en manos de esos señores de la guerra, subvencionados por gobiernos extranjeros, y muy especialmente por el Japón.

El segundo fenómeno de esta época es la decadencia de la religiosidad. En primer lugar, de la vieja religión de Confucio, la religión china por excelencia, que era la religión de los Mandarines. Tal vez, con cierta injusticia para Confucio, los revolucionarios, las gentes sin ideas nuevas, acusaron a Confucio y a su doctrina de ser culpable del atraso que registraba China (4).

También decaen las religiones extranjeras, y la más notable de estas decadencias es tal vez la del catolicismo. Los chinos católicos eran sesenta mil en el año 1923, en 1928 son solamente 12 mil quinientos cuarenta, es decir, se han reducido a menos de la cuarta parte (5).

Finalmente tenemos el ascenso del radicalismo. Las gentes cada vez se hacen más radicales. Sun-Yat-Sen, que era un extremista en la década anterior, en esta pasa a estar en el centro, y su centro, y su lugar a la extrema izquierda es ocupado con nuevas fuerzas, gentes nuevas surgidas especialmente en el ambiente de los estudiantes que habían vivido en el Occidente.

En 1919, Chen-Tu-Siu funda en Pekin un círculo de estudios marxistas, que sin ser un grupo político que responda al comunismo, es sí un índice muy interesante de la resonancia de la Revolución rusa dentro de China.

La Revolución rusa, que tantos efectos tuvo en el Occidente los tuvo tal vez más grandes y significativos en Asia.

judío, el Bund, que ha escrito un interesante libro «Yo fui Comisario del Pueblo», a propósito de su experiencia.

El gobierno soviético se aboca de 1917 a 1921, a una lucha tremenda, de verdadera prueba. Ha de luchar simultáneamente en tres frentes. Contra el enemigo exterior, porque a pesar que se propuso la paz sin anexiones ni indemnizaciones, la guerra continuó todavía durante un tiempo. Segundo, contra la contrarrevolución interior, tal vez, el capítulo más difícil con que tuvo que luchar el gobierno, porque en ella intervinieron los recursos y ejércitos aliados. Tercero, contra parte de la misma extrema izquierda, pues este gobierno fundado originariamente por la alianza de todos sus elementos fué evolucionando hasta ser el dominio exclusivo del partido bolchevique.

En el exterior, los alemanes especulando con la debilidad de Rusia no aceptaron las sugerencias presentadas por el gobierno revolucionario y se firmó finalmente la paz de Brest Litovf, paz humillante para Rusia que le quitó Polonia, los países Bálticos, Finlandia que se declaró independiente y toda Ucrania. En total, más de la mitad de la Rusia europea. Lenin fué partidario de aceptar esas condiciones, y mostró una de las características más curiosas de su personalidad, la de quedarse sólo, incluso contra su partido. Esta entrega de la mitad del país a los alemanes era muy impopular. Lenin siempre contestó con el mismo argumento: «Si vosotros me dais mil batallones disciplinados y dispuestos a ir a la guerra, yo no firmo la paz. Como no los tenemos firmemos la paz». El argumento era en el fondo incontrovertible, y los hechos le dieron la razón. Más adelante, cuando Alemania fué derrotada hizo con Rusia un nuevo Tratado en Rapallo por el cual le fué devuelta Ucrania, pero Polonia se independizó con fronteras trazadas con intervención de la diplomacia aliada, y surgen los Países Bálticos y Lituania igualmente independientes.

Estos hechos arruinaron todavía más la economía del país, y aumentando el desastre ayudaron eficazmente a la contrarrevolución de la derecha. Los generales del antiguo ejército zarista con el apoyo de los países aliados, especialmente de Inglaterra orientada por Winston Churchill; de los franceses que veían peligrar sus inversiones colosales; de los polacos que deseaban para su recuperada patria un territorio lo más grande posible; de los checos prisioneros en las llamadas «legiones checas» del centro de Asia que quisieron atravesar por la fuerza toda Rusia para volver a su país; de los turcos que veían la oportunidad de apoderarse de Armenia; de los persas que querían apoderarse de los territorios del Caspio, de los japoneses que se apoderaron durante cierto tiempo de Vladivostov y del Este Siberiano y de los

norteamericanos que enviaron una fuerza expedicionaria que desembarcó en Arcangel para colaborar con los enemigos de la revolucion. La contrarrevolucion apoyada por las Potencias va a ser la amenaza más grande que tiene el nuevo poder revolucionario.

De esos intentos los más famosos serán los realizados por los ejércitos de Denikin y Wrangel, cuya base de operaciones está en esa Ucrania alemana durante una época, o en los cosacos del Don y del Kuban. Estas tropas van a amenazar incluso repetidas veces a Moscú y Petrogrado.

Una intenciona diferente, la del Almirante Kolitchav, que reuniendo fuerzas contrarrevolucionarias en Siberia, y apoyado por las legiones checas, ataca las ciudades de los Urales y entre otras la famosa Tsaratsin, ciudad estratégica que se encuentra en el lugar que más se acerca el Volga al Don, en cuya defensa interviene Stalin, por lo que será llamada más tarde Stalingrado.

Aparte de estos generales hay otras intenciones menores. En los mapas que muestran estos años del 17 al 21 se ve que el territorio que dominan netamente las fuerzas soviéticas es pequenísimo, en relación al total del antiguo país zarista.

Pero en estos años se produce una evolución en el carácter del equipo que habia realizado la revolucion de Octubre, que convierte la dictadura del proletariado en una dictadura de partido.

Los socialistas revolucionarios de izquierda, que habian sido los aliados más firmes del partido bolchevique son desplazados, se les quita su prensa, pierden importancia, y finalmente son dominados por la fuerza, incluso utilizando la artillería, especialmente en Moscú, muriendo conocidos lideres.

Los anarquistas, que sin tener la importancia numérica de los demás partidos, a pesar del hecho curioso que sus fundadores Bakunin y Kropotkin son rusos, también son liquidados como fuerza activa. Dos episodios que muestran este proceso son los de Kronstantin y Ucrania. La Comuna o Soviet de Kronstantin dominado por los anarquistas pretendió actuar con cierta autonomia, y no seguir los mandatos y opiniones del Soviet de los Comisarios del Pueblo. Era la base naval más cercana a Petrogrado, donde salieron la mayor parte de los marineros revolucionarios, importante sostén de la revolucion de Octubre. Sin embargo se realizó una verdadera expedición punitiva que por la fuerza, impuso su anexión al aparato político del resto del país.

El caso de Ucrania es más complejo, pues los campesinos ucranianos siempre se consideraron diferentes de los rusos, judíos y polacos que habitan las ciudades. En el campestre

moderadas, muy a menudo individuos que habian actuado en la administración imperial.

Tal vez lo más interesante de toda esta época es lo que llaman los chinos «la gran Reforma literaria del Renacimiento».

La escritura china representa las dificultades más grandes que existen en el mundo actual en materia de escritura, pues es silábica, cada uno de los signos o caracteres (que se calculan en 44.500) representan una sílaba y se calcula que se necesitan treinta años para poder saberla escribir correctamente. Además esa lengua escrita es una especie de lengua muerta, artificial, que sólo hablan los mandarines, los letrados, y no tiene nada que ver con lo que habla la gente del pueblo. Para éste no hay ninguna posibilidad de llegar — no digamos a la cultura — sino a lo más elemental, saber leer y escribir y hacer las operaciones elementales de la aritmética. China ha llegado a nuestros días con un 40 por 100 de analfabetos. Demás está decir que esta situación artificial ha sido mantenida por los mandarines en su beneficio, y explica que el pueblo sea analfabeto, y que aparte de las tradiciones orales y el folklore, no existe nada parecido a una cultura de masas, tal como se conoce en Occidente.

Los progresistas chinos han tenido una preocupación obsesiva por este asunto, que se inicia con la reforma literaria del llamado Renacimiento chino, de 1911 a 1919. La reforma consiste fundamentalmente en una especie de simplificación de la escritura tendiente a hacerla más accesible al pueblo. Esta reforma ha continuado cumpliendo hasta nuestros días, y la última modificación que ha sufrido hace un año consiste en la adopción de un alfabeto al estilo occidental, el cirílico, es decir, el mismo de los rusos. Sea el alfabeto cirílico, o el latino, de cualquier forma, es una revolución tan grande, como la más grande de las revoluciones sociales porque va a permitir, con un trabajo de pocos meses que la gente pueda leer y escribir.

En estos años que van de 1918 a 1955 ha habido transformaciones tendientes a democratizar la lengua, fijar la pronunciación en todo el país del mismo modo. Estas medidas no solamente van a tener el efecto de elevar el nivel de las masas y permitirles acceder a la alta cultura, sino además, de favorecer el nacionalismo dando mayor cohesión al mundo chino.

No es extraño que las gentes más prestigiosas de estos años sean los estudiantes. Andrés Malraux, que ha escrito dos magníficas novelas a propósito de la China revolucionaria de la década del veinte, «Los Conquistadores» y «La conciencia humana», decía que «Los estudiantes de las facultades

mente, en las islas de Malasia, Indonesia, Indochina, Filipinas Hawái, surgieron colonias de emigrantes chinos que, desempeñando los oficios más humildes y trabajando como coolies, fueron arraigando y creando una especie de «nueva China» exterior, que, naturalmente, no podía ajustarse, por razones muy obvias a las tradiciones de la China mandarina, y que estaba dispuesta a recibir todas las influencias exteriores.

El doctor Sun-Yat-Sen era médico en las universidades americanas, había vivido largo tiempo en las islas Hawái, y contaba con la ayuda de la emigración.

Las ideas de Sun-Yat-Sen son socialistas moderadas, fue amigo de Vanderbelde, el famoso socialista belga, había residido muchos años en Europa, hizo sus estudios en relación con el ambiente americano, él mismo profesa la religión protestante cristiana, y estaba influido en el ambiente progresista de ciertos sectores de lengua inglesa. Había nacido en la ciudad de Cantón en el año 1866, que va a ser su gran centro, donde se extiende su influencia sobre China. La idea del doctor Sun-Yat-Sen era actuar por etapas, ir imponiendo la democracia, el nacionalismo y el socialismo por etapas.

El tomó como símbolo de toda su ideología esta triple divisa: «Nacionalismo-Democracia-Socialismo», que es también el título de un libro suyo publicado en 1902.

La revolución estalló exactamente en lo que los chinos llaman el doble diez, es decir, el 10 de octubre de 1911. Por un problema de relativa monta, a propósito de la concesión de un ferrocarril a un consorcio extranjero hay una rebelión en el pueblo de Hu-Tang, y eso promueve motines en los puertos de Cantón y de Sanghai. El doctor Sun-Yat-Sen, desde 1895 hasta 1912, para sublevar a China había realizado diez fracasadas expediciones que se parecen mucho a aquéllas del Partido Liberal Mexicano. Son grupos de fanáticos que entran a un pueblo, capturan la comisaría y el cuartel, reparten las armas, lanzan una proclama e invitan a la revuelta, casi nunca la población los acompaña y termina por expulsarlos. Pero esa especie de inspiración quijotesca, mantenía abierta y levantada la esperanza en una rebelión nacional.

Finalmente, el 1 de enero de 1912, ante el derrumbe de la monarquía manchú es proclamado presidente en Cantón, pero dura solamente un año, pues en 1913, un rival más moderado, Hoan-Che-Kai, lo sustituye como presidente y actúa hasta 1916.

Esta época de China, como casi todo el siglo XX, es muy confusa. Mientras que en Cantón predominan los partidarios de Sun-Yat-Sen, en el resto del territorio actúan gentes

nado se había propagado el anarquismo que encontró un líder militar de capacidad en Néstor Makno. El movimiento que él comanda que se llama la «maknovitchina» fue una de las piezas importantes de la derrota de los ejércitos de Oenikin y Wrangel, y más tarde de gobiernos «titeres» de tipo germanófilo que se instalaron en Ucrania como el de Petlura.

Makno tuvo un ejército importante, especialmente de caballería, y dominó un territorio vastísimo donde una prensa organizada difundía sus ideas y los campesinos se organizaban en Comunas, con propiedad común de la tierra, etc. Liquidadas las fuerzas contrarrevolucionarias de derecha las tropas del Ejército Rojo al mando de León Trotsky libraron batallas campales contra este grupo, y finalmente Makno y su «estado mayor», en el que se contaba Volin, huyeron de expatriarse.

Inicialmente el Soviet de los Comisarios del Pueblo había asegurado su respeto por las autonomías regionales y con esa garantía durante algún tiempo Georgia se administró como un gobierno socialista moderado, donde predominaban conocidos mencheviques. Pero so pretexto de que constituía «la Gironda de la revolución proletaria» este país fue ocupado militarmente y perdió su autonomía.

Se ha dicho con bastante razón de que el partido bolchevique en este periodo del 17 al 21 hace el papel de los jacobinos en la Revolución Francesa. Como Robespierre líquida a la derecha Dantoniana y a la izquierda de los rabiosos tratando de seguir una línea de continuidad, evitando tanto la desviación derechista que representaban —en este caso— los socialistas moderados como la izquierdista, los social-revolucionarios de izquierda y anarquistas.

Durante estos años, el partido bolchevique consigue estructurar un movimiento internacional fiel a sus ideas, la llamada Tercera Internacional. El 2 de marzo de 1919 se reúne en Moscú una asamblea de delegados de los partidos de todo el mundo creados al ejemplo del partido comunista ruso. Allí se fijan 21 puntos o condiciones aceptadas por los partidos fundadores, de los cuales los más importantes son el Spartaquista alemán, y el Comunista francés formado con la mayoría del partido socialista francés, que en su congreso había aceptado por mayoría los 21 puntos.

En la lucha por determinar claramente la línea comunista Lenin escribe algunas de sus obras más conocidas, «La Revolución Proletaria y el renegado Kautsky», contra el Socialismo moderado. Coincidiendo después con el Segundo Congreso de la Internacional Comunista publica otra obra que ataca la izquierda, que se titula, «El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo». Siempre manteniendo esa

línea jacobina que es una especie de compromiso entre las actitudes extremas del campo socialista.

En el año 21 la Revolución ha triunfado, el país se ha pacificado, se ha hecho la paz en todo el mundo, se ha terminado la intervención extranjera, no hay más fuerzas contrarrevolucionarias, los japoneses son los últimos en evacuar Vladivostok, han sido liquidados los grupos izquierdistas que podían crear inconvenientes y el gobierno es fuerte y poderoso. Entonces se abre lo que sigue la Revolución Francesa, autores incluso de origen bolchevique como el propio Trotsky, han llamado la época «terridoriana». Es decir, la época de la liquidación del jacobinismo anterior.

Las causas que explican esta regresión de la Revolución, esta pérdida del ritmo revolucionario, esta involución en el proceso revolucionario, como siempre sucede son complejas. En primer lugar, Rusia no pudo escapar al proceso general de la reacción europea. La década del año 20 es la del establecimiento de las dictaduras de Mussolini, Primo de Rivera y Pilsudsky, de las crisis alemana y francesa. Especialmente fracasó la gran esperanza de Rusia que era la Revolución Mundial. Cuando estructuraron la Tercera Internacional se pensaba que éste era el momento de la Revolución mundial, y que lo de Rusia era solamente el chispazo que iniciaría el incendio general que terminaría con el mundo capitalista. Efectivamente hubo revoluciones importantes en Alemania y en Hungría que trataron —a su manera— de hacer lo mismo que en Rusia la Revolución de octubre: terminar con la propiedad privada, controlar la producción por los obreros y declarar la paz internacional. Rusia privada del aporte que debiera darle la propagación de la Revolución, comenzó a encerrarse en sí misma, y volver a la preocupación, y hasta la fobia, de lo que será llamado por sus autores «el cerco capitalista».

Estas revoluciones fueron terriblemente sofocadas. En Italia un conato de revolución social trajo como reacción el fascismo. En España y Polonia hubo situaciones parecidas.

En tercer lugar, hay que tener en cuenta la dinámica de las revoluciones que suponen un momento de ascenso, otro de apogeo, y después un tercero de decadencia.

Decadencia que está unida a la misma sangría de los que intervinieron en la Revolución, pues la guerra civil fue terrible, no solamente sangrienta por las batallas, sino por el hambre y las epidemias. Solamente de tuberculosis y gripe murieron poblaciones superiores a siete u ocho millones de habitantes.

El país entero, entonces, se desangró, se debilitó, perdió energías. Del conjunto de las gentes aquellas, jóvenes que en el año 17 habían realizado las Revoluciones de marzo y

habían caído bajo el protectorado inglés, y hasta hace poco estas regiones no dependían más que nominalmente del gobierno federal chino. En los puertos, desde la época de la guerra del opio, y más tarde, de la guerra de los boxers, existían concesiones internacionales en que no regían las leyes chinas y en las que se aplicaban las de los países concesionarios. Por otra parte, estos países, desde el tratado de 1842 en Inglaterra, habían obtenido ciertos puertos de carácter estratégico de donde podían intervenir en los asuntos chinos, y realizar su comercio. Los más antiguos de todos éstos eran Macao y Hong-Kong, pero detrás de éstos siguieron otros para los pueblos europeos imperialistas.

Las reformas fueron promovidas —y esto es muy interesante— en muy buena parte por los estudiantes chinos. La indemnización que va a pagar China por la guerra de los boxers, Estados Unidos permitió, por 1907, que se gastara en un crédito para que estudiantes chinos fueran a estudiar a este país. Cientos de estudiantes empezaron a frecuentar las universidades de Estados Unidos, y más tarde los demás países europeos hicieron lo mismo. Estos estudiantes, con ese espíritu de contracción al trabajo y de capacidad para el estudio tradicional de los chinos, realizaron estudios muy completos, pero ante todo quedaron impresionados por el contraste entre su país y los extranjeros, y se convirtieron en revolucionarios.

China comienza a realizar una serie de reformas en las costumbres, algunas parecidas a aquellas que en el siglo XVIII hizo Pedro el Grande para Rusia; así termina la obligación para las mujeres de reducir los pies, se cortan la coleta, los estudiantes utilizan la ropa occidental, se permite el matrimonio elegido por los novios y se toman medidas para abolir el uso immoderado del alcohol.

Finalmente, entre 1911 y 1919 se produce lo que se ha dado en llamar la «Primera Revolución China». Como sucede siempre en las primeras revoluciones es un movimiento que, visto en sí mismo es insignificante, pero su importancia es iniciar la transformación dinámica en la cual todavía China está embarcada.

Quien la orientó en esta primera etapa es el doctor Sun-Yat-Sen. Se había formado —y contó su mayor apoyo— en las colonias chinas de la emigración proletaria china que se había realizado al margen de esta China histórica que nosotros hemos mencionado. Los chinos, con ese gran poder expansivo, propio de un pueblo agricultor, habían empujado, muy especialmente los habitantes de los puertos como los cantoneses, a emigrar. Singapur, Honolulu, San Francisco, se convirtieron en grandes ciudades chinas, y a lo largo de toda la costa del Pacífico, pero muy especial-

Finalmente, por el Tratado de Nanking del 29 de agosto de 1842 se dio a los británicos puertos y territorios, pero tampoco se legalizó el tráfico del opio. Recién en 1858, el gobierno chino, derrotado por segunda vez, permitió ahora sí la importación del opio. Tal vez acá esté otra de las razones que explican el anquilosamiento, la solidificación, y el abatimiento en que cayó China en el siglo XIX, que la hizo pasar de ser un país próspero y adelantado, a uno de los más atrasados y coloniales en el mundo.

Recién entre 1907 y 1919 se redujo el uso del opio en la China y su importación desde la India. En el año 1926 fue prohibida totalmente la exportación del opio desde la India. Pero a los chinos les duró poco esa liberación, pues en 1931 los japoneses invadieron Manchuria y comenzaron «la expedición contra China», que va a durar hasta 1945, y entonces hicieron sistemáticamente lo que habían hecho los ingleses en el siglo pasado. Permitieron e incrementaron la plantación de la adormidera en los territorios que controlaban, y la exportaron por las buenas o la fuerza a China, como una manera de quebrar al coloso chino.

¿Cómo China salió de esta postración, de este anquilosamiento y llegó a una situación como la que registra en el siglo XX? En el siglo XX la historia, se podría definir, como la historia de la recuperación china. Un profesor de Oxford decía que «el desenvolvimiento de China, su modernización, convirtiéndose en un estado colectivo, impregnando su sentido nacional, modificando su civilización, a fin de adaptarse a las condiciones difíciles del mundo contemporáneo, será uno de los rasgos más salientes y significativos de la historia del siglo XX». Si esto lo decía en el año 1942, todo hace pensar hoy que no ha estado equivocado.

La historia de esta recuperación de China ha sido iniciada por sus mismos desastres. A finales del siglo XIX se produce la guerra chino-japonesa, en que China pierde la provincia de Corea, Formosa y las Islas Pescadores. Esta derrota frente a un país menor, que ellos habían civilizado, fué un rudísimo golpe para los chinos y significó un llamado a las gentes que formaban las clases superiores.

Desde 1901 a 1910 en China se va a intentar el «despoticismo ilustrado», hacer la reforma desde arriba, un poco como en el siglo XVIII europeo. Los consejeros de los emperadores manchués promueven especialmente reformas de carácter militar y económico que convierten a China, de un enorme coloso inerme, en un país que tenga posibilidad de defender la integridad de su territorio, impidiendo que la codicia de los europeos o asiáticos hiciera de China un reparto colonial como en Africa. En la práctica algo de eso se había ido haciendo; por ejemplo, todo Tibet y Sin-Kiang

de octubre, que habían hecho el sacrificio de su personalidad, tiempo y energía, muchísimos quedaron en el camino, muertos en los combates, liquidados en las luchas políticas, agotados por las privaciones y los problemas. Se redujo incluso la cantidad de los antiguos y probados revolucionarios.

Además, se produce también un proceso muy típico de todas las revoluciones, y es que llegado el momento que se agotan las fuerzas o energías, es necesario una pausa, ya definitiva, ya provisoria, para preparar un nuevo avance.

Al lograrse muchos de los objetivos sociales para mucha gente dejó de tener sentido la Revolución. Los campesinos, por ejemplo, que nunca habían tenido tierras y ahora las tenían y vivían mejor, no tenían interés en seguir ninguna Revolución, ni hacer sacrificios. Los obreros que controlaban la producción de una fábrica, no soportaban a los socios, al zar, ni a la nobleza; pensaban que ya habían conseguido lo que querían.

Hay otras causas típicas de Rusia, que explican esta época «termidoriana». Por ejemplo, la idea de centralismo que está unida a la misma ideología marxista-leninista. Inicialmente, era una de las palancas del éxito fulminante que un pequeño grupo podía tener frente a sus enemigos, pero a fuerza de centralizar se cayó en la burocratización. En una provincia nadie se animaba a tomar soluciones sin consultar al centro, sin llevar el asunto a las altas esferas. El centralismo impidió la iniciativa individual, y creó en favor del centro, un poder inmenso, como nunca se había visto.

La idea, en segundo lugar, de dictadura del proletariado — que había expuesto magistralmente Lenin — termina por convertirse en una dictadura de partido, pues los demás partidos, los socialistas moderados, los liberales, los social-revolucionarios, los anarquistas, sindicalistas, etc., desaparecen, o se incorporan por fuerza al partido bolchevique. Ahora, hay comisarios, y dirigentes de un solo partido, el bolchevique.

Todos los que no están de acuerdo con esta ideología, aunque apoyen la Revolución ya no tienen lugar en ella.

La última obra de Lenin, que se titula «Cinco años han pasado de la Revolución», escrita en 1922, se plantea, de una manera que le parece a él lógica, pero que si se reflexiona es una especie de contradicción con las primeras etapas del pensamiento leninista, «de que deben confundirse el uso del aparato, las actividades y los organismos de partido con las actividades y los organismos de carácter político». Lenin agrega que es absurdo que «tengamos un comisario de partido para la agricultura, y al mismo tiempo, tengamos comi-

saría nacional para la agricultura», con tener el del partido es suficiente, etc. La organización del partido y la nacional tienden a confundirse en una sola.

Las consecuencias son que crece desmedidamente la burocracia con todos sus males.

En segundo lugar, se prepara la dominación personal. Este centralismo tiene que cerrarse en una mano y una cabeza. Durante mucho tiempo fueron las de Lenin, pero éste fué alcanzado por un atentado; su salud, además, se había visto resentida, y muere en el año 24. Entonces la mano y la cabeza serán las del secretario general del partido comunista, José Stalin, personaje oscuro, de menos significación — por oposición a Lenin — que centraliza en su persona todos aquellos instrumentos e hilos en que culminaba este proceso que vamos señalando.

Hay otros elementos, ya no tanto de la ideología sino de la sociología de la nueva Rusia, como es, por ejemplo, la nueva estructuración social.

Cuando en la actualidad, como ha sucedido en el vigésimo Congreso celebrado en 1955, el actual secretario general del partido comunista ruso, señor Kruschev, quiere explicar todo lo que pasó desde el año 1924 hasta el año 1953 por la actitud personal del señor Stalin, realmente simplifica los hechos, por qué este asunto es más profundo y tiene hondas raíces, especialmente sociales.

Hay una obra interesante a propósito de Stalin, hecha por el más importante de sus rivales, que es la que Trotski estaba escribiendo cuando fué asesinado. Este explica el éxito de su rival por una razón social, pues en Stalin encontraron los funcionarios privilegiados, los nuevos burócratas, y las nuevas clases sociales, su jefe para dar un vuelco a una revolución que ya les era embarazosa, que querían terminar.

Todavía en la época de Lenin es la política de lo que se llamó el NEP, (Nueva Política Económica). Lenin decía que a veces había que dar un poco de marcha atrás para asegurar dos pasos adelante. Consistió en cierta escala, en volver al comercio privado, permitir la pequeña propiedad privada y los negocios. Es decir, retroceder un poco en la socialización que se había adoptado. El NEP reaninó a la pequeña burguesía, a los llamados «kulaks», es decir, campesinos medios, individuos todos que vivían de un modo capitalista. Esto se incrementó en el año 1925, en que se permitió de nuevo la herencia y otras medidas similares.

tes, de los no menos codiciosos representantes diplomáticos, y de los sacerdotes que no siempre buscaban el beneficio de sus ocasionales catecúmenos.

El episodio más extraordinario y notable de esta relación de China con el exterior es el asunto del opio, que ha sido bien estudiado justamente por Toynbee (2a). Hay un detalle curioso y es que, siendo pequeño le preguntó a su madre — que se interesaba por la Historia — por qué había una guerra con China, y por qué los chinos no se llevaban a bien con los europeos. La madre le explicó que la culpa la tenían los europeos, y nosotros los ingleses. A Toynbee le quedó eso, y entonces, cuando escribía su obra le dedica un larguísimo capítulo al estudio de las relaciones de China y del Occidente a través del opio.

El opio, que constituye uno de los vicios más espantosos que pueda adquirir un sujeto, pues significa su aniquilación física y su degradación, no es un vicio autóctono de China, y fué introducido por los holandeses, que lo llevaron de Java. El gobierno chino declaró delito el fumar opio, y prohibió, naturalmente, el cultivo de la adormidera, la amapola de que se extrae el opio, el tráfico de este estupefaciente. Pero éste era un negocio fabuloso, que compensaba cualquier clase de sacrificios y riesgos. Por su parte, el gobierno inglés, cuando descubrió que la adormidera se daba en la India en muy buenas condiciones, declaró este artículo monopolio del gobierno, y se dedicó a venderlo a China, y como los chinos no lo querían comprar oficialmente, a venderlo de contrabando. Así que el gobierno inglés organizó el contrabando sobre un país más débil y extranjero, de un artículo asesino que significaba la degradación de toda una población.

En 1773 asume el gobierno inglés el monopolio de la venta del opio en su territorio, y desde 1797 su propia manufactura. De la importancia de este tráfico, da una idea que desde 1800 en adelante será monopolio de los barcos ingleses. Seguramente, en la historia de Inglaterra este triste capítulo sólo puede compararse con el monopolio de esclavos en América.

En 1836 el valor del opio clandestino introducido en China fué equivalente al del té y la seda exportados legalmente, que eran los dos artículos chinos más importantes. Algo así como si mañana nos vendieran un producto peligroso como mariguana por ejemplo, y que eso fuese igual en su valor a la lana y a la carne que vende el Uruguay.

Los chinos tomaron medidas administrativas para impedir eso, pero el tráfico se mantuvo gracias al soborno de los funcionarios, la presión de los barcos de guerra ingleses, y la intervención compulsiva de los comerciantes.

nes de la desgracia de la China moderna, que se fija a finales del siglo XVIII. Lo relata Toynbee: «Los comerciantes ingleses de la corte de Jorge III fueron a China, y propusieron al emperador realizar un tratado en nombre de su gobierno inglés, y el emperador, gran emperador de China, Chin-Lun, les respondió así: «En cuanto a la solicitud de enviar a uno de tus nacionales para ser acreditado entre mi corte celestial, y superentender el comercio de tu país con la China, tal pedido contraría a los antecesores de mi dinastía, y no puede en manera alguna satisfacerse. Tanto difieren nuestras ceremonias y códigos de los tuyos que, aun si tu enviado fuera capaz de adquirir los rudimentos de nuestra civilización, no podrías trasplantar nuestros usos y costumbres a tu suelo extranjero. Dominando el ancho mundo sólo tengo una meta ante mis ojos, a saber: mantener en gobierno perfecto, y cumplir con los deberes del Estado. No concedo valor a aparatos extraños e ingeniosos, y nada podría hacer con las manufacturas de tu país». Es una respuesta de quien ha alcanzado una altura tan grande que podía mirar desde arriba a estos bárbaros ingleses. Toynbee hace, sin embargo, la observación de que «no era tan desatinado el emperador, porque el Imperio que gobernaba era la más antigua y afortunada y benéfica de todas las asociaciones políticas existentes. Su fundación en el siglo III había dado al mundo civilizado un gobierno civilizado, dirigido por funcionarios públicos reclutados por concurso, y de alta cultura, en reemplazo de la anarquía interna en que cierto número de Estados regionales dominados por una nobleza feudal hereditaria había mortificado a la humanidad con sus perpetuas guerras reciprocas. Durante los veinte siglos intermedios esa paz mundial cuidadosamente ordenada, había vacilado algunas veces, pero esas vacilaciones habían sido siempre temporarias y este reino se encontraba en su apogeo».

Aun admitiendo que el reino éste se encontraba en su apogeo, la verdad es que desde entonces acá ese intento del mandarinismo, de mantener detenida la historia china significó, a la larga, la ruina de China. Toda su historia en el siglo XX, y lo que llamamos las «Revoluciones de China en el siglo XX, tal vez, se podría definir como los intentos de modernizar a China para ajustarla a un mundo moderno transformado, diferente del que había vivido hasta ese momento.

La llegada de los europeos a China, no fué una posibilidad de desinteresado progreso, ya que significaba, en primer lugar, vicios, armas, guerras y explotación. Lo mismo que en América y en África, en Asia esta llegada de los pueblos europeos, fué caracterizada por codiciosos comercian-

III

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES CHINOS

En nuestros países hay costumbre de quejarse porque ciertos grandes países ignoran nuestra geografía y desconocen dónde quedan nuestras ciudades o los nombres de nuestros ríos. Yo no sé lo que dirán los hindúes, chinos y japoneses, pero lo evidente es que no tenemos una visión de la geografía y la historia de los grandes países que forman el continente asiático, y que tanta importancia están llamados a tener en el curso de la historia universal.

Por lo pronto, saber que China, más que un país es un continente, no solamente por su enorme superficie, diez millones de k2., mayor de la de toda Europa, con exclusión de Rusia. Una sola obra de ingeniería, la Gran Muralla de la China, tiene dos mil cuatrocientos kilómetros de larga, es decir, una distancia igual al viaje de ida y vuelta de Montevideo a Santiago de Chile, y todavía sobrarían casi cuatrocientos kilómetros. En cuanto a su población se pueden encontrar tantas cifras como libros, porque depende de la manera como se cense; si se incluye en ella a Manchuria y las regiones periféricas, o solamente las regiones centrales, pero por una estimación de las últimas daba 500 millones de individuos. Para decirlo con las palabras de un político chino contemporáneo: uno de cada cinco habitantes del mundo es chino.

Esa enorme población equivalente a la europea no es solamente producto de la dilatada superficie del terreno, relativamente menor a la de Europa, aunque ésta incluye las zonas más industrializadas del mundo; sino que depende de su cultura de seis mil años de antigüedad, de un aprovechamiento tradicional, sistematizado, inteligente, del terreno.

En la «Geografía Universal», de E. Reclus, cuando habla del Uruguay (mediados del siglo XIX) lo presenta como típico país despoblado e incluye dos mapas, el de todo Uruguay y el de una isla china, diciendo: «Obsérvese cómo en esta isla hay más habitantes — en aquella época el doble — de los que hay en todo este país».

Habría que distinguir la China propiamente dicha de las regiones colonizadas por los chinos, separadas por la Gran Muralla China, obra de un pueblo de agricultores cultos que se defienden frente a los bárbaros que habitan en la estepa. Estos recibían los nombres de Hunos, Mogoles y Manchúes, y andando el tiempo los chinos no sólo defendieron su civilización frente a los bárbaros sino que los fueron «chinizando». Estas regiones (Mogolia, el país de los Hunos,

y Manchuria, las provincias del norte de la China contemporánea han ido adoptando la lengua y las costumbres chinas. Es un caso que se ha comparado muchas veces con razón al de los romanos: un pueblo que va conquistando, no sólo por el imperio de las armas, sino por el desarrollo y la expansión de su cultura.

La China propiamente dicha («el país de las 18 provincias»), a su vez se puede dividir en tres sectores, teniendo en cuenta las cuencas de los grandes ríos que la riegan. Estos son: la China del Norte, o cuenca del Huang-Ho, el Río Amarillo, que desemboca en el golfo de Pichili, donde en una época estuvo Port Arthur; la China del centro, la China por excelencia, país donde está la cuna de la civilización china a orillas del Yang-Tsé-Kiang, o río Azul, con ciudades como Nanking, su más antigua capital; Shanghai, en la desembocadura del colosal río de 3.400 kms. en el mar de China, y Han-Key, el nudo de comunicaciones más importante de toda China, en un sitio en que cruza el gran ferrocarril continental que atraviesa de norte a sur el país.

En el alto curso del Yang-Tsé-Kiang está la famosa ciudad de Chung-King, que fué la capital del gobierno chino de Chiang-Kai-Shek en la guerra contra los japoneses. Al sur una tercera cuenca, que es la de Si-Kiang, en cuya desembocadura está la ciudad de Cantón, y cercana a ella Hong-Kong y Macao.

Esta China del Sur, donde la cultura china ha llegado un poco por extensión, como la China septentrional, es un país subtropical, es el país del té, del bambú, del algodón con un clima más cálido, con abundantes valles arbolados.

El país por excelencia de la cultura china es el centro, la cuenca del Yang-Tsé-Kiang, donde viven doscientos millones de individuos, casi la mitad de toda China. Ese río ha sido — para la China histórica — lo que fué el Nilo para Egipto, el Eufrates y Tigris para Mesopotamia, un río nutridor, cuyas inundaciones periódicas significan la fertilidad, o mal controladas, el desastre, el hambre, y la miseria (1). Es el país del arroz, que constituye, junto con el pescado, la base de la alimentación popular del país.

La región del Huang-Ho, Río Amarillo, es por lo contrario, un país de trigo, de grandes praderas, y más frío, que el centro.

Las periféricas comprenden la gran zona de Manchuria, que ha conservado ciertas características propias, que explican su existencia como Estado independiente. La Mongolia (en la actualidad dos, la exterior y la interior) es el centro de donde salieron los grandes conquistadores que asolaron Europa, como Gengis-Kan. Los mogoles fueron dueños incluso de China lo mismo que más tarde los manchúes. La

provincia de Sin-Kiang, que llaman los geógrafos el Turkestan chino, en el centro de Asia en contacto con la URSS., y Persia, y finalmente el Tibet en los contrafuertes de las montañas que constituyen «el techo del mundo», el macizo del Himalaya, el corazón rocoso de Asia, de donde bajan todos los ríos que citamos y otros que se pierden en los desiertos de Gobi, del norte.

Este país se civilizó en una época muy temprana, y cuando los romanos alcanzaron su plenitud, y máximo desarrollo, ellos ya tenían un Imperio, el de los Han. Este guardaba relaciones amistosas con los Antoninos, y que significaba al otro extremo del mundo, lo que los romanos eran para el Mediterráneo.

Los chinos han sido los inventores de muchísimas de las cosas que constituyen el acervo útil y cultural de la humanidad, (la ropa de seda, la porcelana, los jades, la imprenta, el papel, la pólvora, el uso del carbón, de la pasta del trigo, la brújula y hasta ciertas formas de administración aparte de original literatura y filosofía). No hay más que leer este maravilloso libro de la Edad Media que se llama «El Millón» de Marco Polo, para ver a través del asombro que ocasiona en Marco Polo, representante de la burguesía culta e ilustrada, cual era la diferencia que había entonces entre el Oriente y el Occidente.

Sin embargo, andando el tiempo China se ha convertido en el prototipo del país estancado, quieto, e inmovilizado. La «Teoría de la Historia» de Xenopol en 1910: «Hay países que no tienen historia, que están quietos, detenidos como China».

¿Qué ha sucedido? Realmente detenido no hay nada, pero, efectivamente, daba la impresión de estancamiento, y esa impresión fué debida, en buena parte, al sistema del Mandarinado. Los Mandarines son los intelectuales, los especialistas en administración, inspirados en la doctrina de Confucio especialmente, que gobiernan y administran este país. A fuerza de estar ligados a los intereses de los propietarios de la tierra terminan por defender una especie de «statu quo», sin admitir ninguna transformación en el país. El progreso, y sin permitir ninguna transformación en el país. El campesinado en las ocasiones en que las inundaciones, sequías o el hambre les hacía afrontar a los emperadores, realizó millares de subvenciones que a menudo trajeron la crisis de las dinastías.

La última de esas rebeliones, que tenía además un contenido xenóforo (contra la dinastía manchú y los europeos) es la de Tai-Ping, de mediados del siglo XIX, cuya derrota significó el exterminio de 16.000.000 de personas.

Hay un episodio muy pintoresco que muestra los orígenes

Cabildos de mareantes

LOS Cabildos de Mareantes son aglomerados de humana energética, de este gremio laborista; o capítulos y asambleas generales del mismo, que periódicamente y siempre que la necesidad lo urge celebran los boniteros (pescadores de este ramo) de los diversos rumbos de España; y, de un modo muy singular, los de la franja Norte de la península. Son célebres... Bueno. No hay marinante de estas escuadrillas, que no haya hecho tantos milagros como el Ier. teniente de Jesús, que era también buen salmoneo. Y sin negar aquéllos al mosiú del Mesías, ni a sus santas Marías.

El flotismo pesquero —como toda virtud insigne de la Tierra madrastra—, y sus ojos acuáticos, se pudre ordinariamente en la indigencia; y para defenderse de la celosca, no suele contar con palacianos alcázares, ni muchas veces tener modesto domicilio social nocheronichero propio. Por excepción, en algunas localidades privilegiadas, iza piñata de penates suyos; u hogar, en que meter las espuelas del arenque domesticano. Friolera, con la que mece más boya, que con los tesoros del Pirata.

El Ayuntamiento y la parroquia les cederán agradados toldilla bajo la que tertuliar y sesionar. Pero, los escalados gatos sin pestañas, de tanto otear horizontes, rehuyen acocharse bajo el alón de espino de tales cluecas; y las evitan como al muermo, ciñendo con cables y sirgas sus adversos soplos. Pagan a rechinadientes las alcabalas; y la décima, que vara y ara, o trono y altar, exigen. Y san-se-amoló. Bota arriba a la banda.

Cuando no arde en batallas el tiempo, y presenta bonancible y desbruinada faz, tiene lugar la reunión de los pescadores, *au plein air*, a lo preste ahito, en el anchor de un playal o plazoleta, en un campillo sin sebe, en una era a que dieron vacación en un solar en expectativa de destino o de pobladores.

Si al cielo le da por fruncirse, barrumbar, «relampaguear», moquitear y entregarse a otros excesos, el sacro colegio ictiocultor o piscicaptor se encoge; y busca su comicio refugio en un bodegoncete, en un cafetín, en una vinatería. En ambas a tres accidentalidades, al anfiteatro le han barrido el aspecto golfo y le han quitado las legañas, un par de sirenas, cada una de las cuales larga más lona que un quechemarín.

Preside la junta, con el civil nombre de secano, de alcalde de Mar, el comisario del cabildo, su deán como un manzano, que indefectiblemente es un patriarcal lobo de la profesión. Asistenle un Vice el tesorero y el recaudador de cuotas. Estos consulares que saben muy gentilmente vestir la ropa encerada, integran el desgendarizado gobierno de la sociedad, durante el año para el que se les dió bola blanca.

La soberanía económica y de todos los carices, no la renuncia, ni para una estropada, el demos navegante. No obliga al «bouquet», más que lo que en plúa mayoritariamente el propio «sumptus» floral estatuye. El voz cantante y adjuntos, así como el estado llano aéreo y de

escotilla y cubierta, han de estar forzosamente a lo que se acuerde en común. Se vota contra-arriando el mastelero (brazo). Y habla todo el que quiere; como quiere, aunque arriesgándose a un toletazo si desbarra a descompás; y por el orden, con que se entró al remo. Es libérrimo el derecho de formular mociones y proponer iniciativas ni pazguatas, ni insensatas.

Los asuntos a ventilar, los introduce la Mesa a sugestión de los asociados. Verbalmente se les pasa aviso a los que han de concurrir, porque para nada se escribe un palote. La letra mata; y el espíritu de los labios oreo. Con tablas y con números, allá van leyes de quienes reyes. Sólo la promesa del calzón de campana, no hay quien la derrueque. De las juras de tunos, que se fie Rita. Y allá se verá lo que chumba la bordada o la calada.

Los temas, que estas Cortes playeras y Parlamento arenario de la gente pejerreina abordan, son estrictamente clasísticos y de exclusivo interés de la familia náutica. Valgan de ejemplo. La soldada con que semanalmente ha de contribuir cada embarcación a los sobrios gastos del Cabildo. Las facilidades de deslastre que se han de dar a los morosos por inopia. Las iguales de que se debe satisfacción a médico y boticario. Las pensiones o subsidios, con que hay que atender al parado malgrado suyo; a inválidos y enfermos; a huérfanos, jubilados y viudas. Las sumas que se han de invertir en flato, con motivo de verbenas, regatas y balles, en la Fiesta del oficio; las expensas y desembolsos, que se tragarán el pago del tamborilero y el gaitero, la compra de un novillo de cordel, el adorno de traineras, la luminaria nocturna de calles y balcones, el coheteo y petardada de artificio y otras «frivolités».

Al cóncave acuden a la deshilada como el besugo la parrocha de las viejas (alguna con cara de merluza podrida de tanto soplar la berza); y la costera de la bonitería (las criaturas). De las que primeramente se dijo, 3 ó 4 son unas espléndidas bacaladas, que no hay santo óleo de amor que no reclamen como un oro en licuación, para hacer hasta de sus gañas y espinas una gloria. Los chamacos parecen una boqueronada. En derredor se dispone en cordadas todo el porreto que se le pega al casco a la compañía. No se excluye más que a escandalosos habituales; y no se pone por puertas más que a mojarros pasionales sin cura del ron. Se ataja a los pocalachas natos en interrupciones e intervenciones, que son como red tendida en un badén. El régimen de trabajo y de vivir a bordo de las barquías (abusos de patrones, surmenage de grumetes, insuficiencia de rol), es lo único que acostumbra a producir entre el majal o cardume del sardinaje coleando en montón, algún maretazo, que lo resalsa; y tal cual amago de galerna, con viento huracanado del noroeste, que lo desancora y le echa las vergas a banda.

ANGEL SAMBLANCAT

EL REFUGIADO

A orillas del lago de Ginebra, cerca de la pequeña población suiza de Villeneuve, una noche del año de guerra de 1918, un pescador que se había internado remando en su bote, observó un objeto raro que flotaba. No hizo gran caso de ello en un principio. Pero, remando, hasta tenerlo ya cerca, vió que era un cachivache compuesto de vigas ensambladas que un hombre desnudo se esforzaba en impeler por medio de una tabla a modo de remo. Asombrado, el pescador dirigió su bote a aquel sitio, ayudó al extenuado a subir a él, le cubrió como pudo con unas redes, y luego trató de entrar en conversación con aquel hombre que, acurrucado en un rincón del bote, estaba receloso y temblando de frío; la respuesta fué en una lengua extranjera, ni una sola palabra de la cual se parecía a la del pescador.

Pronto desistió el salvador de su intento, recogió las redes y remó con más impulso hacia la orilla. A medida que sus contornos resaltaban a la luz temprana, empezó también a iluminarse el semblante del hombre desnudo; una risa infantil asomaba entre la barba enmarañada, una de sus manos se levantó expresivamente, y siempre interrogando, ya menos receloso, balbució una palabra que sonaba como «Rossiya», con un tono cada vez de mayor beatitud cuanto más cerca de la tierra firme estaba la quilla. Por fin chirrió el bote sobre la orilla; las mujeres de la familia del pescador, que esperaban el húmedo botín, se dispersaron dando gritos, como un día las doncellas de Nausica, al darse cuenta de que, envuelto en las redes dentro del bote, había un hombre desnudo. Poco a poco, atraídos por la noticia sensacional, vinieron hombres de la aldea, a los cuales se unió pronto el animoso alguacil. Advirtió en seguida, por las instrucciones y la provechosa experiencia del tiempo de guerra, que se trataba de un desertor llegado a nado desde la orilla francesa, y ya se disponía a un interrogatorio formal, propósito que se disipó muy pronto al convencerse de que el hombre desnudo — a quien, entretanto, unos vecinos procuraron un jubón y unas bragas de cuti — no comprendía lo que le preguntaban, y se limitaba a repetir aquella exclamación interrogante, cada vez más angustiosa y desesperada: «¿Rossiya?... ¿Rossiya?...» El alguacil, algo incomodado de su fracaso, ordenó al forastero, con ademanes inequívocos, que le siguiera, y rodeado de la ju-

ventud del lugar, avisada entretanto, el hombre, calado, con las piernas al aire, fué llevado a la casa comunal, con sus ropas que le venían anchas, y allí quedó en custodia. No hizo oposición, no dijo una palabra; sólo sus ojos transparentes se habían oscurecido un poco, desilusionados, y sus elevados hombros se humillaban como si temieran los golpes.

La noticia de la pesca humana se había propagado a los hoteles vecinos, y ante la perspectiva de un episodio regocijante que rompiera la monotonía de la jornada, vinieron algunas damas y señores a contemplar el hombre salvaje. Una dama le ofreció confituras, que él dejó a un lado, desconfiado como un mono; un señor le sacó una fotografía, y le rodeaban todos en animada charla, hasta que el empresario de una importante fonda, que había vivido tiempo en el extranjero y conocía varios idiomas, dirigió la palabra al ya angustiado, en alemán, italiano, inglés y, por fin, ruso. Apenas oyó el timbre de su lengua materna, el hombre se estremeció, una ancha sonrisa llenó su rostro bondadoso de una a otra oreja, y de pronto, aliviado, seguro, se puso a contar toda su historia. Era larga y embrollada, no inteligible en todos sus detalles para el ocasional intérprete, pero en sustancia he aquí la suerte del refugiado:

Había combatido en Rusia, hasta que un día le amontonaron entre otros mil, en vagones que les llevaron muy lejos; luego los cargaron en un buque, y más allá, por tierras donde el calor era tal que, según expresión suya, se le cocían a uno los huesos en la carne hasta reblandecerse. Finalmente, en una de las escalas, los facturaron en otros vagones, y, de pronto, tuvieron que asaltar una colina y se enteró de poca cosa más, pues, a los primeros disparos, una bala le hirió en la pierna. A los oyentes, que se enteraban de preguntas y respuestas por el intérprete, les pareció evidente en seguida que se trataba de un individuo de aquellas divisiones rusas en Francia que, atravesando medio Globo, por Siberia y Vladivostok, habían sido mandados al frente francés, y se despertó en todos ellos, mezclada con una cierta compasión, la curiosidad de saber qué motivo le había movido a arriesgarse a una fuga tan singular. Con una sonrisa medio de beatitud medio de astucia, refirió el ruso cómo, apenas convaleciente, había preguntado al ayudante hacia dónde caía Rusia y le habían señalado la dirección

que, ayudándose de la posición del sol y de las estrellas, procuró seguir. Se había escapado andando la noche y burlando de día la vigilancia de las patrullas, al abrigo de los montones de heno. Durante diez días se había alimentado exclusivamente de frutas y pan que mendigaba, hasta que llegó a la orilla del lago. En este punto de la narración sus explicaciones eran menos concretas. Parece ser que, originario de las orillas del Baikal, había creído que la otra orilla del lago de Ginebra, cuyas líneas accidentadas vió a la luz vespertina, ya encontraría Rusia. A todo evento, robó de una choza un par de vigas y, echado boca abajo sobre ellas, ayudándose de una tabla a manera de remo, se había internado hasta el punto del lago donde le encontró el pescador.

La angustiosa pregunta con que terminó su confusa narración, de si al día siguiente podría llegar a su casa, apenas traducida despertó, por su ingenuidad, la hilaridad más franca. Pero pronto cedió ésta a la compasión, y no hubo entre ellos quien no socorriera con un par de monedas de plata o unos billetes al misero, que miraba a su alrededor, desconcertado.

Entretanto, como consecuencia de una conversación por teléfono, se había presentado un alto oficial de Policía de Montreux, el cual pudo abrir un protocolo al suceso, con un poco afán. El casual intérprete se había declarado insuficiente, y a la vez, resultaba inconcebible para todos, occidentales, la ignorancia de aquel hombre, que sólo sabía que se llamaba Boris y que no podía dar de su lugar nativo más que embrolladas referencias, entre ellas la de ser siervo del príncipe Metschersky — decía «siervo», no obstante haber sido abolida la servidumbre hacía una generación — y vivir a 50 verstas del gran mar, con su mujer y tres hijos. Aquí empezaron las deliberaciones alrededor del pobre necio, que permanecía acurrucado con la mirada cerril. Opinaban los unos que convenía poner el asunto en manos de la Embajada rusa en Berna, y temían los otros que, procediendo así, le hicieran volver a Francia; el oficial de Policía acentuó lo difícil que era determinar si había de ser tratado como desertor o como extranjero indocumentado; el escribano del lugar rechazó desde luego la posibilidad de que la alimentación y alojamiento del forastero corriera a cargo del Municipio. Un francés chillaba que no había necesidad de tantos rodeos: que el único remedio que le quedaba al misero fugitivo era trabajar o que le solicitaran de donde vino; dos señores alegaron con vehemencia que él no tenía la culpa de su desgracia y que era delito arrancar los hombres de su patria y ponerlos en tierra extranjera. El caso amenazaba degenerar en litigio, cuando intervino un anciano, un danés, quien declaró enérgicamente que él pagaba el sustento de aquel hombre durante ocho días y que se cuidaran entretanto, las autoridades de ponerse de acuerdo para hallar una solución satisfactoria, tanto en el terreno oficial como en el particular.

Durante la discusión, más acalorada a cada momento, la mirada tímida del fugitivo había ido

levantándose y ahora estaba pendiente del juicio del empresario del hotel, el único ser a quien, en medio de aquel tumulto, podía hacer comprensibles sus azares. Sombrio, se daba cuenta de la tormenta que había desencadenado su presencia, y así que las discusiones se apaciguaron, levantó instintivamente las manos hacia él, implorando como lo hacen las mujeres al pie de una imagen. Lo conmovedor de la actitud impresionó a todos. El hotelero se le acercó, benévolo, y le calmó diciéndole que no pasara cuidado, pues nadie le molestaría en su estancia allí, y que en lo sucesivo el hotel cuidaría de su destino. El ruso quería besarle mano, que el empresario retiró rápidamente. Luego le señaló una casa vecina, una pequeña posada en donde encontraría comida y cama; le dirigió unas palabras más de consuelo y se fué hacia su hotel, despidiéndose con una sonrisa amable.

Inmóvil, miraba el refugiado a su salvador, y, a medida que se alejaba aquel único hombre que entendía su lengua, la luz que renacía en su semblante volvía a apagarse. Devorándole con los ojos estuvo hasta que llegó a la altura del hotel, sin hacer caso de los demás, a quienes su raro proceder movía a risa o estupor. Pero al contacto de un alma compasiva que apoyó la mano en su hombro y le guió hacia la posada, se rindió, y con la cabeza humillada traspuso el umbral de la casa desconocida. Abriósele la taberna, y se arrimó a la mesa sobre la cual la moza le había puesto el vaso de aguardiente de bienvenida, y allí estuvo toda la mañana, quieto, la mirada en suspeso. Los chicos del lugar (una diversión más para ellos) acechaban continuamente tras las ventanas, se reían de él, llamábanle, pero él no levantaba la cabeza. Los que entraban fijábanse en él con curiosidad, y él no quitaba los ojos de la mesa, encorvada la espalda, miedoso, avergonzado. Y cuando a la hora de la comida la turba llenó de risas el local y vibraron a su alrededor centenares de palabras que no entendía, se halló más extraño que antes, sordo y mudo entre la animación general, con las manos temblorosas hasta el extremo de no poder levantar apenas la cuchara de la sopa. Una gruesa lágrima rodó por sus mejillas y cayó, pesada, sobre la mesa. Cohibido, miró a los lados. Los otros lo habían visto y se callaban, de pronto. Se avergonzó de su propio aspecto, que había promovido aquel estupor, y la cabeza pesada, desgredada, se inclinó cada vez más sobre la madera negra.

Así estuvo hasta que oscureció. La gente entraba y salía sin hacerle caso. Sentado a la sombra de la estufa, parte de la sombra él mismo, tenía las manos pesadamente apoyadas en la mesa. Todos le habían olvidado; ni se dieron cuenta cuando se levantó y, con una cerrilidad animal, emprendió la cuesta que subía al hotel. Una, dos horas, estuvo allí, de pie en el umbral, gorra en mano, sin dirigir la mirada a nadie; hasta que la singular figura, tiesa y negra como un tronco que hubiera echado raíces a la entrada del hotel espléndidamente iluminada, llamó la atención de uno de los chicos mensajeros, el cual avisó al em-

presario. Un poco de luz se difundió en la cara sombría cuando oyó el saludo en su lengua materna.

— ¿Qué quieres, Boris? — preguntó el empresario.

— Usted perdonará — balbució el refugiado —; sólo quería saber... si puedo ir a mi casa.

— Es claro, Boris; nadie te lo impide — sonrió el preguntado.

— ¿Mañana, pues?

El interlocutor se puso serio. Desapareció de su semblante la sonrisa: tal era el acento suplicante de aquellas palabras.

— No, Boris... Todavía no. Hasta que se termine la guerra.

— ¿Y cuándo sera? ¿Cuándo terminará la guerra?

— ¡Dios lo sabe! Nosotros, los hombres, no lo sabemos.

— ¿Y antes? ¿No puedo ir antes?

— No, Boris.

— ¿Está muy lejos?

— Sí.

— ¿Muchos días?

— Muchos.

— ¡Pero yo iré! Soy fuerte. No me vencerá la fatiga.

— No puedes, Boris. Hay una frontera de por medio.

— ¿Una frontera?

Miró con torpeza. La palabra le era desconocida.

Luego, con singular obstinación, dijo:

— Iré nadando.

El gerente estuvo a punto de sonreír. Le causaba pena la situación, y observó:

— No, Boris, no puede ser. Una frontera es tierra extranjera. No te dejarán pasar.

— Yo no les haría ningún mal. He tirado mi fusil. ¿Por qué no han de dejar que me reúna con mi mujer, si se lo pido por Cristo?

El gerente se ponía cada vez más formal. Le invadía la amargura.

— No — dijo —, no te dejarán pasar, Boris. La gente no hace ya nada por amor por Cristo.

— Entonces, ¿qué va a ser de mí, señor? ¿Quedarme aquí, no puedo! La gente no me entiende, ni yo la entiendo.

— Ya aprenderá, Boris.

— No, señor — inclinó profundamente la cabeza —, no puedo aprender. Trabajar la tierra, eso es todo lo que sé. ¿Qué voy a hacer aquí? ¡He de ir a mi casa! ¡Enséñame el camino!

— No hay camino ahora, Boris.

— ¡Pero, señor, no pueden impedirme que vuelva con mi mujer y mis hijos! ¡Ya no soy soldado!

— Sí pueden impedirlo, Boris.

— ¿Y el zar? — preguntó, de pronto, temblando de expectación y respeto.

— El zar no existe, Boris; le destituyeron.

— ¿No existe el zar? — le miraba hoscamente. Se había extinguido en sus ojos el último fulgor, y dijo, muy abatido: — entonces, ¿no puedo ir a mi casa?

— Todavía no. Has de esperar, Boris.

— ¿Mucho tiempo?

— No lo sé.

Su cara aparecía cada vez más adusta en la sombra.

— ¡He esperado ya tanto! No puedo esperar más. ¡Enséñame el camino! ¡Voy a probar!

— No hay camino, Boris. Te encontraremos trabado.

— Aquí no entienden lo que les digo, ni yo los entiendo — repitió obstinadamente —. No puedo vivir aquí. ¡Ayúdame, señor!

— No puedo, Boris.

— ¡Hazlo por el amor de Cristo, señor, que yo no aguanto más!

— No puedo. Nadie puede ayudar a otro hoy.

Estuvieron un rato sin decir nada, mirándose. Boris daba vueltas a su gorra.

— Entonces, ¿por qué me han sacado de mi casa? Decían que tenía que defender a Rusia y al zar. Pero Rusia está lejos de aquí, y tú me dices que al zar le han... ¿cómo has dicho?

— Destituido.

— Destituido — repetía la palabra, que no podía entender —. ¿Qué será de mí ahora, señor? He de volver a mi casa. Mis hijos me llaman. ¡Aquí no puedo vivir! ¡Ayúdame, señor! ¡Ayúdame!

— No puedo, Boris.

— ¿Y no hay otro que pueda?

— Ahora..., nadie.

La cabeza del ruso se inclinaba cada vez más, y acabó diciendo, sordamente:

— Gracias, señor.

Y volvió la espalda. Bajó la cuesta lentamente. Siguióle un buen rato el gerente con los ojos, y le sorprendió ver que no andaba hacia la posada, sino en dirección al lago, por la escalinata. Suspiró hondamente y volvió a sus ocupaciones.

Quiso la casualidad que aquel mismo pescador diera al día siguiente con el cadáver desnudo del ahogado. Había dejado cuidadosamente en la playa el jubón, las bragas y la gorra, y había entrado en el agua como de ella había salido. Se levantó acta del suceso, y como el apellido del extranjero era desconocido, pusieron sobre su tumba una cruz de madera barata, una de esas cruces pequeñas sobre unos destinos innominados que, en la actualidad, cubren nuestra Europa de uno a otro extremo.

STEFAN ZWEIG



PARA LA FEDERACION MUNDIAL

Empecemos por internacionalizar las capitales

DESPUES de la segunda guerra mundial se habla mucho de los Estados Unidos de Europa, de Federaciones continentales y hasta de un Gobierno de la Humanidad. Algunas organizaciones se esfuerzan, en los congresos internacionales, en clarificar la turbia verborrea de los bien intencionados, y actuar en el sentido de anular, siquiera en forma progresiva, las numerosas fronteras que dividen los Estados, las naciones, las clases, los bloques políticos y económicos, los partidos y los trusts que compiten entre sí por el dominio del globo terráqueo.

Pese a todo, la ley que realmente domina en el planeta es la ley de la unidad. Desafortunadamente, en lugar de ser reconocida objetivamente, como cualquier ley biológica, ella es falsificada por los partidarios de determinadas ideologías, bajo el impulso del totalitarismo político que aniquila la libertad individual con el pretexto casuístico de los «intereses colectivos».

El verdadero internacionalismo es una etapa hacia el «nacionalismo», hacia la solidaridad positiva de los pueblos que serán liberados — es decir, que se liberarán de por sí mismos —, de las armaduras agobiadoras del egoísmo nacional y político. Si los que se creen internacionalistas y pretenden, en verdad, realizar una federación de pueblos libres, primero en el plano continental y luego en el mundial, quieren dar una prueba de buena fe, entonces que actúen, por lo menos, para internacionalizar algo en su propio país.

¡Que empiecen por la internacionalización de la capital de su país! Todas las capitales deben ser declaradas centros vitales de la humanidad, dominios «extraterritoriales» donde las restricciones nacionales, aduaneras, económicas, políticas, religiosas, etc., sean prácticamente abolidas. Todas las capitales del mundo deben ser SUPRA y EXTRANACIONALES, solidarias entre sí, igual que los ganglios de un sistema nervioso, en la cooperación planetaria de los pueblos. Que cada una de las capitales sea, al mismo tiempo, la expresión de las buenas cualidades, de las virtudes creadoras del pueblo respectivo, pero que asimismo reciben (mediante el incontestable fenómeno de ósmosis y endósmosis culturales, técnicas, artísticas y espirituales) los valores más altos de las demás capitales, de todos los continentes. De hecho, este fenómeno se manifiesta ya, a pesar de las barreras y prohibiciones pífidas o cínicas de quienes gobiernan el país y su capital.

Ha llegado la hora de una colaboración de los pueblos, por encima de los límites estatales y del «contralor» de aquellos amos abusivos, que se creen destinados a otorgar el pan y la paz cotidiana. Hoy día, *nadie* tiene asegurado el pan y la paz, si es que los esperan de parte de los «conductores» que se encaraman en el gobierno por medio del terror de las fuerzas armadas y la intolerancia absolutista.

Existen algunas ciudades y pequeñas zonas internacionalizadas. No es necesario nombrarlas aquí. Ellas no representan otra cosa que el «acuerdo» temporario de algunas potencias políticas y militares sobre bases estratégicas o comerciales que, por lo demás, no difieren tanto. Como lo dice Goethe en «Fausto»: guerra, negocio y piratería son inseparables entre sí. Estos puntos «internacionales» del globo son más bien focos latentes de conflictos entre los intereses, más o menos confesa-

dos, de algunos Estados, imperialistas unos, chauvinistas otros.

La verdadera internacionalización del mundo podría iniciarse con declarar las capitales de todos los Estados centros activos del proceso de unificación pacífica de los pueblos, los que constituyen — tal como nos lo prueban los biólogos y sociólogos desinteresados — un «organismo de la humanidad» en espacio y tiempo. En este sentido deben unirse todos los movimientos internacionalistas, federalistas, pacifistas y humanitaristas. Las capitales pueden convertirse en los primeros órganos nacionales, pese a los carniceros de pueblos y de los explotadores económicos y políticos de los trabajadores manuales e intelectuales.

París, Londres, Roma, Berlín, Washington, Buenos Aires, Méjico, Pekín, Tokio, Delhi, Moscú... No tan sólo las metrópolis, sino también las «pequeñas» capitales: Estocolmo, Bucarest, Montevideo, Ginebra, Atenas, Madrid, El Cairo, Jerusalén, Pretoria, Camberra... Cada una de ellas con sus valores permanentes, y su pasado, con el cual contribuyeron al desarrollo de la cultura humana; cada una con las fuerzas que anhelan hacia nuevas creaciones y nuevas liberaciones; cada una y todas con el porvenir luminoso de la cooperación y fraternización, deben declararse unidas en la Federación Universal de los Pueblos, rompiendo las cadenas heredadas de generación en generación, del absolutismo político-militar y del oscurantismo plutocrático y teocrático.

Unicamente de esta manera se afianzará la paz sobre la tierra; y el pan no será ya la obsesión cotidiana de millones de inocentes y oprimidos, sino el don natural del trabajo alegre y creador. La Capital de la Tierra — de este planeta que, ante la mirada de un observador supraterrrestre aparece dividido por innumerables fronteras estatales, como si fuera una siniestra fortaleza de puertas de hierro, ventanillas enrejadas y patios estrechos en los cuales languidecen, igual que los animales salvajes dentro de sus jaulas, los rebaños hambrientos y torturados de los hombres —, la Capital del Mundo no será ninguna de las actuales capitales. Ella será la síntesis, el fruto magnífico de todas las metrópolis. Se elevará, por el esfuerzo de algunas generaciones curadas ya de nuestros odios y supersticiones, en un lugar supranacional. Allí, ninguna autoridad local osará imponer su orgullo y tampoco la crueldad de sus ambiciones políticas; todos los idiomas se fusionarán en el lenguaje de la Esperanza común; porque todos los pueblos reconocerán el parentesco primordial bajo el cielo estrellado del mismo destino natural. Este destino cósmico será más indulgente, más justo y hasta *más libre* que el destino artificial, monstruoso, que soportan los hombres de hoy por su ignorancia y cobardía.

Los escépticos pueden sonreír. Los que se creen prácticos, pueden mover sus hombros. Los idólatras de la violencia pueden mostrar sus dientes y empuñar las automáticas armas mortíferas. Sabemos que el Gran Día se aproxima con cada día de dolor y de enseñanza. Sabemos que el sueño crea la realidad. Que la «utopía» es obra del hombre valiente y confiado en su voluntad. Y no nos olvidemos: aun ellos, los malhechores y asesinos de los pueblos de hoy, queriendo ser amos del mundo, son — ellos también — arrastrados por las grandes corrientes de la vida; como ciegos instrumentos de la emancipación de mañana.

EUGEN BELGIS

El loismo y los loistas

por E. ARMAND

TODA la historia del Medievo — y de ello nos ocuparemos cuando hablemos de la Reforma y de sus precursores — está caracterizada por sociedades o movimientos comunistas más o menos anarquizantes, pretendiendo practicar el cristianismo primitivo o interpretando a su manera las enseñanzas evangélicas. De los que se desarrollaron en Flandes es de los que nosotros conocemos mejor la historia, los hechos y gestas: herejía de Tranchelin, «vauderie», hombres de inteligencia, bufones; (quienes se llamaban entre sí: la fraternidad o sociedad de los pobres, adamitas, etc.). Estos esbozos terminarán constituyendo uno de los más importantes movimientos de la época de Lutero, que hizo temblar hasta los mismos fundamentos el norte de Alemania: aludo aquí a los anabaptistas, cuya rebelión fué ahogada en sangre por los luteranos y cuyo jefe, Juan de Leyde murió tras de horribles e inconcebibles suplicios luego de la caída de Munster.

La caída de la plaza fuerte del anabaptismo fué el signo de una persecución general contra los anabaptistas. Pese a todo, no lograron hacerlos desaparecer completamente, habiéndose escondido con mucho sigilo. De entre los que quedaron surgieron más tarde los loistas, herejías conocidas también bajo el nombre de «libertinos de Amberes», a quienes un renombrado escritor belga, Georges Eecquoud, ha consagrado vibrantes páginas en: «Los Libertinos de Amberes», ediciones «Mercurio de Francia», obra agotada.

El profeta de los loistas fué un trastejador llamado Eloi o Loiet Pruyistinck, conocido comúnmente bajo el nombre de Lois et Trastejador. Pese a su analfabetismo, Lois poseía tal memoria que retenía y recitaba palabra por palabra cuanto se decía con sólo escucharlo una sola vez. Componía pequeños tratados en forma de poema que dictaba a Dominique d'Uccle, uno de sus allegados, quien los imprimía a beneficio de la causa. La influencia ejercida por él entre sus partidarios es caso inimaginable. En Amberes — ¿dónde mejor que en la ciudad de los hijos de Priapo habría podido prosperar el loismo? — cuando salía, la multitud se prosternaba a su paso y le formaba una escolta, renovando lo pasado en tiempo; de Tranchelin. Su rostro admirable, su voz musical, su verbo preciso y precioso le procuraban buen número de prosélitos. Los niños más bellos le servían de page y las niñas llenaban de flores las calles donde él tenía que pasar, su «guardia personal» la componían mozos de cuerda, los «kraankinders», los transportadores de turba (combustible), los taladores y los bateleros más decorativos.

Pruyistinck había conservado el corte descotado y viril de su profesión, con la sola diferencia que el tejido era tan bueno como el usado por los grandes señores. En esos brocados y terciopelos, de color de castaña dorada, sabios desgarrs y ostensibles zurcidos simulaban la usura, la traza de los accidentes, las cicatrices y estigmas propios de la vestimenta de los obreros pobres; no faltaban a Lois, para el día de parada, vestidos de oro

y pedrería, calcado sobre verdaderos harapos... Era su forma de ridiculizar el lujo y la riqueza egoístas. En realidad, un pensamiento profundo se escondía bajo esa práctica estrambótica... Un día Lois vestía verdaderos harapos, y al día siguiente endosaba su reproducción en materias más costosas que las de un manto imperial... Un día el profeta estaba literalmente manchado de fango, sangre, espumarajo, baba; días después esa sordidez no representaba más que un engaño y esos pretendidos harapos hubieran pagado un trono. Su discípulo era un joyero parisino, Cristóbal Hérault, quien se confeccionaba esos vestidos cuyos gastos soportaban los loistas ricos, los cuales, al adherir al loismo, entregaban (dice la leyenda) sus fortunas al profeta.

Pero en realidad ¿en qué consistía la doctrina loísta? Sin duda alguna, preconizaba la puesta en común de las riquezas. Entre los loistas, en efecto, se hallaban pobres miserables y gentes riquísimas.

Lois se preocupaba de anudar los lazos de amistad fraternal entre vagabundos e hidalgos, pediguñeros y clérigos. De un lado opulentos fabricantes ambereses, ricos directores de factorías, de mercados extranjeros — lombardos, florentinos, anseáticos — se apresuraban en repudiar lo que les habían enseñado sus sacerdotes y adherían a sus máximas epicúreas. Estas le atraían la sedicente hez de la población, todo ese populacho anfibio de las barcas, chiribiteles y lupanares del Escaut, más o menos ladrones de residuos de naufragios, cosechadores de moluscos, naufragadores profesionales, furtivos y p-olíficos. Para reunir a unos y otros, Lois había inventado ritos extravagantes, pero, en suma, emocionantes. En el curso de la ceremonia de iniciación, él emparejaba al noble y al pobre, al opulento con el miserable, substituyendo los harapos de uno con la suntuosa vestimenta del otro. Los nobles cambiaban sus títulos históricos y venerables por los apodos de los niños abandonados.

En lo ético y religioso, Pruyistinck predicaba el amor libre, la poligamia, las relaciones sexuales sin cortapisas; quería lo que daba en llamar «la liberación completa de las almas y de los cuerpos: ni penitencias, ni ayunos, ni mortificaciones. Que cada cual halle sobre la Tierra y a su manera su propio paraíso, bajo la única condición de no perturbar la libertad del prójimo.»

Lois predicaba además, que el ser, en su integridad, imperecedero, vuelve a la Naturaleza, al gran Todo que las religiones Bíblicas llaman Dios y del que emana todo ser. La muerte nos hunde en el eterno crisol de donde salen todas las formas y todos los pensamientos. Una sola cosa es importante: vivir con gratitud, con ardor, pero con lucidez; gozar de la más extrema bondad, de la belleza y de la excelencia de la Creación; gozar de la carne y de las flores, de los libros y de los frutos, del arte y de la luz, del espíritu y del Sol, de TODO...

Se comprende cómo la herejía de Lois, que en principio se confundió con la reforma luterana, fuera pronto separada de ésta. Nada de común, desde luego, entre la doctrina fría, dogmática, compasada, del solitario aspe-

ro de Witenberg y las aspiraciones hacia la vida — la vida amplia, intensa, ardiente — que constituían el Credo de los amigos del Trastejador.

«Religión de voluptuosidad. Si, es cierto, pero por ello mismo, tanto más bella. ¿Es que acaso la voluptuosidad no representa el Amor inteligente, el hijo de Amor y Psiquis, la unión sublime del cuerpo — la Carne —, y el Alma, la hija de esa unión maravillosa cantada y sublimizada por tantos poetas, pintores, músicos, desde los Misterios Orficos, las Fábulas milesianas y Apuleyo hasta Proud'hon y César Franck, pasando por el Corregio y el divino Rafael?

Rumores calumniosos se divulgaron sin tardar sobre Loiet y sus discípulos. Mujeres abandonadas por sus maridos a causa de su celosía, esposos repudiados por sus mujeres por el mismo motivo; padres tiránicos repudiados por sus hijos; todos imbéciles, malvados, desechados, mantuvieron rumores insidiosos, imputando a los Loistas las peores extravagancias. Si en su comunidad existían tanto pobres como ricos, fuera de ella existían tantos ricos como pobres para difamarlo y conspirar contra él.

¿Existe mayor acusación que la de magia para acusarlo? ¿No era acaso necesario ser un brujo para lograr que jóvenes de la nobleza, herederos de opulentos fabricantes, hijos de familias de nombradía, hubiesen accedido a confraternizar con los harapientos de los cuales se hubieran apartado con repugnancia? Era increíble. ¿Cómo explicar esa fraternidad entre hombres a quienes separaban abismos de incompatibilidad moral, de prejuicios sacro-santos, políticos, sociales, religiosos? Era evidente que ellos habían sido presa de un emorujo.

Y no fué eso todo. Se acusó a los loistas de celebrar todas las noches reuniones sabáticas preparadas por medio de predicas, himnos, etc.; exaltaban al guiñapo humano en todos sus detalles, terminando por exponerlo en lo que ellos llamaban su triunfal y radiosa desnudez. Las armas que habían servido contra los templarios, los vaudenses, los hombres de la inteligencia, fueron empleadas con mas tino si cabe. Todo lo que pueda inventar la malevolencia de un populacho grosero desprovisto de gusto y de cultura fué atribuido a esos precursores. Violación, abuso sobre menores, infanticidios. Se encontraron incluso vecinos que afirmaron que los loistas se dedicaban hasta el amanecer, a beber, cantar y practicar actos abominables; el menor consistiendo en el sacrificio de criaturas. Ellos iban desnudos como los ángeles malos, y ostentaban coronas de flores. Se les había visto, en el curso de ceremonias lujuriosas, arrojarse ante una estatua de Priapo.

Aparte la doctrina, muchas menos acusaciones hubieran bastado para conducirlos a la hoguera. Aunque hubiesen escapado a María de Hungría, virreina de los Países Bajos, los partidarios de Lutero no habrían dejado escapar de entre sus manos esos hombres cuyo sueño había sido de «liberar la voluptuosidad, el fruto sublime del alma y del amor».

Parémonos unos instantes sobre dos incidentes de la historia de los loistas.

El primero es la abjuración de Eloi Pruystinck y nueve de sus compañeros cuando fueron perseguidos una primera vez por la Inquisición. Georges Eckhoud explica esa actitud mostrándonos a Loiet como un alma buena y generosa, pero de ninguna manera heroica o estoica. «Como los paganos y los griegos, Loiet — escribe Eckhoud — estimaba la existencia terrestre como el bien más raro y precioso. El pensaba que era un deber defenderlo y prolongarlo hasta el extremo, incluso el precio de una aparente palinodia y de una actitud humillante... Quería vivir y gozar el mayor tiempo posible, en concordancia con todo cuanto predicaba. Fué perfectamente lógico. Este apóstol del goce carnal no tenía la constitución nerviosa que conviene a los mártires. Y si

terminó sufriendo el suplicio, la muerte le fué tanto más cruel cuanto que no había soñado jamás otro cielo que el del paraíso terrestre». «... Los puritanos de toda confesión, hacen muy mal, pues, de lanzar la piedra contra este epicureo, porque cedió, ante todo, al instinto de conservación».

Se puede decir en descargo suyo que las penas espantosas de las cuales eran pasibles entonces los heréticos justificaban el empleo de la astucia. Además, su actitud no perjudicó en nada a ninguno de los suyos. Una vez que la tormenta empezó a calmarse, todos reemprendieron su propaganda.

El segundo incidente se refiere a la aplicación misma de la doctrina predicada por el Trastejador. Si bien había admitido la poligamia, en lo que le concernía no habría podido suponer que su amada predilecta, Dillette, mantuviera relaciones con nadie más que con él. Eckhoud, en su libro, establece una distinción entre un punto de vista que él quisiera fuese el de Loiet (quien, fiel a su naturaleza exigente había mantenido relación amorosa con numerosas afiliadas al loismo), o sea; el amor libre facultativo, la comunión amorosa reciproca — y el de Coussinet (presentado como el mal discípulo, el traidor), y de su partido proclamando el comunismo carnal obligatorio, general y reciproco, sin que nadie pudiera negarse al deseo que uno o una inspirara. Se observa al hombre antiguo despertar en Eloi, cuando Coussinet — habiendo triunfado su punto de vista — reclama Dillette para compartir una noche con él. Después de una escena desgarradora con su amante, la desgarrada se entrega, sacrificándose a Loiet y al loismo y luego se envenena.

Su muerte no salvó a ninguno de los dos.

Ese drama es una leyenda, o se relaciona con algún hecho desmesuradamente ampliado, sin duda. Lo que se ha establecido son las rivalidades que perdieron a la secta por cuestiones personales. La hoguera consumió los más preponderantes del loismo — de los cuales, Eloi Pruystinck y Cristóbal Hérault —, los otros emigraron a Holanda, Inglaterra, Alemania, más lejos aún, conservando en su espíritu la visión de un paraíso tangible, palpable en el que habían habitado durante cierto lapso de tiempo y del que habían sido expulsados no por la espada del ángel exterminador, sino por las disensiones y la intolerancia política.

(Traductor: FERNANDO FERRER).

P. S. — El 25 de octubre de 1544. La tradición cuenta que sus verdugos se encarnizaron con él y que — como en el caso de Jacques de Molay — en el momento de sucumbir, Loiet pronosticó al jefe de sus verdugos, Gislain Gery, que, no tan sólo moriría 20 años más tarde, torturado y mutilado como él, en manos de su colega de Bruselas, más aún, que su hijo, obligado como estaba de tomar su sucesión en su abominable oficio, agonizaría más terriblemente aún. Según la tradición, parece ser que las dos profecías se cumplieron. La herejía había tomado tal amplitud que las cárceles eran insuficientes para contener a tantos «culpables», quienes no siempre eran quemados — entre los principales — siendo así que Davion, Brousseraille, van Hove, fueron decapitados; en fin, muchos fueron proscritos.

NO BASTA REMOVER PARA RENOVAR.

NO BASTA RENOVAR PARA MEJORAR.

ANTONIO MACHADO

NIRICO... o la cruz

Nirico... o la cruz del despertar ..
... A veces abrimos los ojos de otra manera.

Yo digo:
.. Nirico... — y nadie sabe que esto es un nombre. El nombre de un hombre como tú. Como yo. Pero no totalmente como tú y yo.

Murió. Ya no está. Al menos aquí... Y cuando estuvo, tampoco fué como nosotros dos.

Tenia los ojos muertos y un silencio de sombras en los labios. Además nunca llegaron hasta él los trinos de los pájaros, ni los ecos esperanzados de una serenata. Alguna.

Quiero decirte que era ciego y sordomudo.

La Naturaleza — a veces caprichosa y hostil — fué estúpida y ridícula con él. Pero como si esto fuera poco, hizo de Nirico un hombre inválido.

Nació así. Vivió así.
Sesenta años siempre quietecito y callado; no descubriéndose — más bien ocultándose — en su silla de sal y madera reseca. La silla enana. La de su abuelo Federico. El que nunca quiso mirar hacia el cielo.

Ese era el mundo. El suyo. Menos de un metro cuadrado de pieza — no hacía falta nada más — una silla, muchas sombras — largas y cerradas, naturalmente — como los cabellos de Nirico. Porque tenía sesenta años, y ni una sola hebra de plata blanqueaba como un río de tiempo — pequeño y sereno — su cabeza.

Una silla, muchas sombras... Y una sonrisa eterna — tal vez la de los desamparados — creciéndole como una chispa de resignación delante de los dientes.

Ya ves cómo — siendo hombre — no era como tú, ni como yo. El era así. Tristemente distinto.

Además, ni tú ni yo vivimos solos. El sí. Estaba con sus hermanos. Dos. Telca y Elias. Los dos vacíos. Los dos histéricos. Era la herencia dañosa de los padres terribles; los de sangre enferma. Estéril, no, porque estaban ellos. Estaban. Así...

Sólo Nanona cuidó de Nirico, y le bañó, y le palmoteó el hombro, y le pasó la mano dolorida por la cabeza. Nanona. La criada negra del padre de Nirico.

Pero Nanona ya no estaba en el mundo. Y Nirico era apenas una estrella de sangre que se quedó sin nadie cuando la noche vino.

Telca y Elias iban a trastrochar su histerismo más allá de los muros. Con la gente.

Y Nirico quedaba solo, hasta sin poder llorar. Era así... Pero no era un imbécil... Ni un loco.

A veces había despertado un poco de su mundo extraño. Pero muy poco. Casi nada. Un movimiento. Un sonido menos imperfecto que los de siempre saliendo de su boca. Una estela más clara tal vez delante; tal vez detrás del globo de sus ojos... Como cuando nos hundimos cansados en el agua del río y abrimos los ojos hacia arriba porque tenemos miedo...

Y hasta un golpecito tímido y escaso llegándole hasta el alma.

Nada más. Tal vez una sonrisa distinta a la de siempre.

Julio. Invierno. Telca y Elias ya habían dejado solo a Nirico.

Afuera una tormenta grave y hosca estiraba la noche hacia su origen. Cuchillos de luz bajando hasta los álamos, y astillas de agua clavándose en las tejas de la casona triste.

Nirico estaba nervioso esa noche. Tal vez sintiendo. Tal vez empezando a sentir, si no simplemente presintiendo.

Lejos, la gente, y entre la gente, Telca y Elias... Y un vals llegando y alejándose y girando siempre en remolinos de sombra y luz delante de la noche.

Fué casi a medianoche. Sí. Porque poco después el carrillón de bronce de la iglesia tiraba hacia el sendero doce niños gritando.

Creció la luz de los relámpagos como si frente a la ventana de Nirico — ya desquiciada por el viento de julio — se elevara la fuente de la Vida.

Y los truenos se quebraron encima de las tejas como palos podridos.

Y los rayos cayeron e hicieron pedazos los álamos del río.

Y los álamos se incendiaron, mojados como estaban.

Fué casi a medianoche cuando Nirico se volvió — por vez primera. Cristo santo! — como tú... y como yo, hermano mío.

Porque se irguió y anduvo como un monstruo deforme — torpe y del-

El trabajo de noche

UNA encuesta reciente, relata P. Erfinger, ha dado como resultado que el 90 por 100 de los obreros son partidarios de abolir el trabajo de noche, pues dicen que provoca exceso de fatiga, mal humor, disturbios gástricos, pérdida de apetito y, además, el sentimiento de verse excluido del conjunto de la comunidad, así como el perjuicio causado a la vida de familia. Desde el punto de vista médico. He aquí algunos resultados:

En una importante hilatura de algodón, en donde trabajan desde hace años tres relevos, han sido examinados 155 obreros. De éstos, 118 formaban equipo alternativo y 39 eran fijos en el de la noche. La mayor parte tenían más de 30 años, la mitad casados. El 10 por 100 formaban familia con más de 3 hijos. El 78 por 100 empleaban 20 minutos en el trayecto de su domicilio al taller. El 5 por 100 necesitaban más de 45 minutos.

Fueron examinados todos por un médico especialista e interrogados durante 30 minutos por un psicólogo. El diagnóstico dió: que casi todos sufren debilidad general causada por dormir insuficientemente, incapacitados como están de echar un sueño prolongado y tranquilo durante el día.

del despertar

acostumbrado — resbalando y golpeándose y siguiéndolo.

Porque abrió los ojos en dos discos de sangre y vió la hoguera.

Porque oyó todo el estrépito del mundo como una carcajada.

Porque quiso decir algo... y apenas pudo gritar y gritar como el asesino al que clavan astillas debajo de las uñas.

... Porque fué como tú y yo, hermano mío.

... Y Nírico enloqueció esa noche al ver el mundo.

A veces es preciso cerrar los ojos. El no sabía estas cosas tan del mundo. Tal vez vió lo más triste. Tal vez todo es lo mismo. Tal vez no. Creciendo en su locura se deshizo la ropa negra y sucia con sus manos de furia.

Y... ya con el pelo blanco como nunca lo tuvo — porque envejeció en un soplo y toda su cabeza fué un río — se mordió las manos, cortándose los dedos que tuvieron el piso con diez líneas de sangre.

Cuando el vals ya no estuvo. Cuando las mujeres y los hombres vacíos dejaron de fingir más allá de los muros. Cuando Telca y Elías volvieron a su «esplin» — uno detrás del otro; los dos adormeciéndose detrás de su silencio — por el camino fangoso, esquivando los álamos caídos y abrasados del monte de su padre. Cuando el carrillón de bronce de la iglesia ya había tirado al valle los doce niños que nunca quería, Nírico ya no estaba, hermano, como estamos nosotros.

Los histéricos lo encontraron amarrado y solo — cerca de un crucifijo de piedra — con las manos abiertas hacia arriba y la cabeza vacía. Solo.

Sin la sonrisa aquella creciéndole en los labios.

Tal vez lloraron.

Por la ventana abierta sólo entraba la brisa inocentona que sigue a la tormenta...

PABLO R. TROISE

es contrario a la salud

Esto les provoca a su vez un humor irritable, y el cansancio es visible. Además, por regla general, cuando hace un tiempo que trabajan de noche, el rendimiento baja. La hora más penosa es la de 3 a 4 de la madrugada. El médico ha constatado en el 75 por 100 de setos trabajadores, vegetaciones acentuadas en la región del estómago, y como es natural las perturbaciones digestivas consiguientes.

El segundo examen tuvo lugar en otro taller en donde trabajaban solamente dos relevos y ningún síntoma de debilidad se percibía. Un buen día, debido a la afluencia de pedidos, el trabajo del segundo equipo, que normalmente se terminaba a las 22 horas, debió ser prolongado hasta las 2 de la mañana. Fueron examinados 152 obreros, lo que dió un resultado análogo al de la primera empresa. El tercer caso se trataba de una fábrica de metales en donde los equipos de la tarde ejecutaban un trabajo más prolongado, es decir, yendo de las 16,30 hasta las 3 y media de la mañana. 159 obreros torneros, soldadores, etc., fueron sometidos a examen médico. En el 28 por 100 se constataron disturbios gástricos, en el 39 por 100 pérdida de apetito, y en el 36, irritabilidad nerviosa. Otros exámenes habían establecido ya que en 180.000 casos la frecuencia de úlceras cancerosas, en los que trabajan de noche, se presenta 8 veces más fuerte que en los obreros que ejecutan su trabajo durante las horas del día.

Vida de CENIT

El proceso de la revista sigue su curso. Al menos por ahora. Dicho curso es el deseado por el café que el año 36' recrutó lo peor de la moreria para matar españoles. Desde luego nada indica que consiga sus objetivos. Y si los consigue peor para él, pues no dejará de constituir un motivo más de deshonor si es que más deshonor cabe en su miserable bota. Por nuestra parte, continuamos pensando en que, si necesario es, el proceso de CENIT se convertirá, habrá que convertirlo, en proceso del ogro. Mas ello mucho depende de los recursos que la revista reciba de sus lectores. Estos, desde luego, ya empiezan a responder formal y decididamente, como lo prueba la primera lista de donantes que publicamos a continuación:

Macipe M.	500 frs.
Conesa	240 »
Batet Maria	5.000 »
Galzarain	300 »
Minguillon	500 »
Alloza P.	1.000 »
Tiñena F.	365 »
Ridao F.	2.548 »
Agustí V.	1.000 »
Melich	1.000 »
Un Noi	300 »
Olmos	200 »
Un Maño refugiado en Auch	600 »
Lectores y amigos de Albi	6.000 »
Latorre Mateo	500 »
A. Angel (lectores de Argella)	11.400 »
B. de Gaillac	700 »
Vaz S.	1.000 »
Fresnillo	1.100 »
Bienvenido Caro	400 »
Mizon E.	2.200 »
Díaz	5.000 »
Lectores de La Bastide de Rx. (Tarn)	15.000 »
Alvaro A.	500 »
Pomar	2.000 »
Santos Valladolid	1.000 »
Fumado, A.	300 »
Cossio	2.500 »
Maria Batet	5.000 »
Uno de Vinaced	1.000 »
Lectores de Montech ..	2.000 »
Ramdes	800 »
García, O.	500 »
Macipe	500 »
Hierro y Vicenta	1.240 »
Rodríguez R.	400 »
Ciria	1.800 »
Hernández, G.	200 »
Aldo	850 »
Arias Fuertes	210 »
Martorel, D.	1.000 »

TOTAL 78.653 frs.

¡Que cunda el ejemplo! La suscripción continúa.



EL ESPERANTO



EL Esperanto hizo su aparición en 1887. Hace de ello 73 años, largo período para aquéllos que no miden el tiempo con el reloj de la historia; a penas un infimo instante, un segundo, para todos los que saben apreciar las obras que se hacen con destino a la eternidad, que no tiene principio ni fin, como son todas las relativas al progreso de las relaciones humanas, a la civilización, a la regeneración de la especie.

A 73 años vista, si bien es verdad que no todos los hombres «parolas Esperanto», lejos de ello, no es menos cierto que el Esperanto está empleado y se habla en todos los países por personas de todos los idiomas clásicos, dichos nacionales, sin distinción de origen étnico.

No hay aglomeración de cierta importancia en donde no se encuentre uno o varios círculos de esperantistas, y ello solo ya es un éxito. No hay idioma en el mundo que se haya desarrollado y divulgado con tanta rapidez, constatación que remarcamos para los hombres que, faltos de conciencia y esperanza, se extrañan de ver que una cosa tan fácil, útil y científica como la «Internacia Lingvo» no se haya impuesto ya a todo el género humano. De cierta manera el hecho de que el Esperanto no esté ya adoptado por los diferentes gobiernos e instituciones culturales, y haya conseguido semejante divulgación, es prueba de que crece y se desarrolla a impulso exclusivo del pueblo y de lo popular. De ahí que tenga más mérito. Para los que queremos que los pueblos adquieran sus responsabilidades, la no intrusión de los Estados en una obra de la envergadura del Esperanto no puede más que satisfacernos, pues lo contrario nos parecería sospechoso. Como todo lo racional, la divulgación del Esperanto se debe a algunas individualidades y grupos selectos que han hecho de las ideas internacionalistas su motivo de lucha, y en este caso el resultado no deja de ser sorprendente. Vislumbrando éste, y como consecuencia de la fe que tenía en el hombre, el gran filólogo y humanista que fué Zamenhof, pudo escribir:

«La idea, a la realización de la cual he dedicado toda mi vida, penetró en mí desde la más tierna infancia

sin que jamás me abandonara. Esta idea ha presidido todos mis actos y no puedo pensar que un día me desprenda de ella. Ambos somos inseparables.»

Esta fe es la que levanta las montañas, vence los obstáculos y permite a los hombres el triunfo de la idea. En Zamenhof era la de dotar a la humanidad de un idioma más racional y concreto que los hasta ahora conocidos, para facilitar sus relaciones y universalizar la existencia, ya que lo que más diferencia y separa unos hombres de otros es la manera de hablar. El día que la humanidad disponga de un idioma auxiliar cual el Esperanto, aquel día podrá convertirse en una familia, jamás antes. De ahí que uno de los lemas del Esperanto y de los esperantistas sea: UNA HUMANIDAD UNA LENGUA.

No obstante, aunque no existiese el motivo de orden social mencionado, el Esperanto también se justificaria como lengua internacional desde el punto de vista utilitario y lógico. Utilitario porque en tres meses el Esperanto se aprende mejor que el Castellano en tres años. Lógico, porque, científica y racionalmente compuesto, seis meses de estudio del Esperanto supone todo un curso de lógica.

Para nosotros los desterrados, para todos los que de una forma o de otra han tenido que afrontar situaciones en las que no había manera de comprenderse con las personas que te recibían, la necesidad de una lengua surge con mucha más exigencia. Y hoy, cuando la humanidad está expuesta a sobresaltos y la inseguridad es general; cuando tantos millones de seres se ven obligados a emigrar de su región, unos por dificultades políticas, otros por dificultades económicas, no ver ni trabajar para que al fin el hombre disponga de una lengua auxiliar internacional, de una «internacia helpilngvo», ni indica inteligencia ni resurgir social, menos aún progreso.

La internacionalización del idioma es la consecuencia lógica de las realidades de la hora, del progreso técnico, científico y social. Todo está calculado y tiene repercusiones de alcance mundial, los inventos, las ideas

políticas y la relación entre los hombres. Existen alrededor de mil idiomas en el mundo. En el pueblo de Tiflis solamente, se hablan y se usan unos 70 dialectos.

Son estos aspectos los que, por ejemplo, a Mr. Beaufront han hecho escribir: «Dígame lo que se diga, y hágase lo que se quiera, para frenar la marcha, la cuestión de una lengua universal se resolverá no por capricho, sino porque ya la sienten todos los humanos, porque la fuerza del progreso es irresistible.»

Tolstoi, que fué uno de los primeros en tomar conocimiento del idioma, pues Zamenhof mismo le consultó antes de darlo a la publicidad, dice: «Los sacrificios que cualquiera pueda hacer dedicando algo de tiempo para el estudio del Esperanto, son tan pequeños y el resultado a que puede llegarse tan inmenso, que nadie debe, en buena lógica, negarse a ensayar.»

Hoy, el comercio, el turismo, la ciencia, los deportes, la política, las organizaciones sindicales, las religiones, todo lo que significa una actividad humana de alcance internacional, sienten la necesidad de una lengua auxiliar. Cada uno obtendría provecho enorme si se adoptara y se generalizara con mayor interés el uso del Esperanto.

Mas Zamenhof, este doctor polonés de origen judío, no se conformó con hacer un monumento lingüístico, le dió además un alma. Su objeto iba más allá de la relación. Cuando los hombres se comprendan, dijo, los pueblos se unirán. Contra esta afirmación está desde luego el ejemplo de las guerras y de las matanzas que cada pueblo ha cometido entre los suyos, pero a favor tenemos también que a la unión de los seres debe anteceder el entendimiento y para poder entenderse es necesario comprenderse.

En virtud de esta idea es por lo que algunos agentes de la reacción se han lanzado ocasionalmente dictando leyes represivas y hasta encarcelando a los esperantistas. El Esperanto es un vínculo moral de hombres y pueblos y es por eso que ha llegado a asustar a los locos del nacionalismo y de la explotación de los hombres. Hacia 1920 en Francia existía cierta predisposición por parte de los maestros para enseñarlo en las escuelas. En 1922, León Berard lo prohibió formalmente. En 1936, Tardieu lo calificó de idioma peligroso. Hitler, el padre del franquismo, también lo anatematizó: «El uso continuo con los extranjeros, de un idioma no nacional, perjudica a los sentimientos nacionales del individuo».

Sin embargo, si torpe fué el pensar que los idiomas nacionales habían de ser nocivos a la marcha de la humanidad porque acabarían con los dialectos regionales, no menos torpe es temer al Esperanto porque un día ponga en peligro y deje en ridículo a los idiomas nacionales.

El gran error consiste en esperar que sean los gobiernos quienes impongan la enseñanza del Esperanto en las escuelas. Conociendo los intereses que priman en las esferas gubernamentales, ya nos conformaríamos con poder asegurar, no que la favorezcan, sino que no impidan la enseñanza. En honor de los que, no obstante, han intentado facilitar la enseñanza del Esperanto deberemos citar a Lucien Cornet, Ferdinand Buisson, Theodore Steeg, etc., quienes con una sesentena de nombres más ya quisieron en 1907 que se permitiera la enseñanza del Esperanto en las escuelas francesas.

¿De qué y cómo está hecho el Esperanto para que pueda afirmarse la diferencia que lo separa de las otras lenguas?

La diferencia de su simplicidad, de su claridad y de su regularidad, al mismo tiempo que de su estabilidad, entonces hipotética, hoy demostrada.

La simplicidad, sin ceder en nada a las otras cualidades, es lo que le da más valor. El Castellano, por ejemplo, conlleva toda una serie de complicaciones de tipo gramatical y etimológico que de ninguna de las maneras pueden justificarse. Más de 4.000 verbos irregulares y más de 250 terminaciones diferentes de las tres conjugaciones regulares del Castellano están reducidas a 12 en el Esperanto, sin que, repetimos, le ceda en claridad ni concreción. Nada abona en favor de los idiomas que tienen varias maneras para formar el plural; nada favorece al Castellano la diferencia de nombres para un mismo grupo de ideas cuando existiendo afijos podría tener, como el Esperanto, una raíz invariable para todo el grupo. Ninguna razón hay para que al árbol que produce la manzana se le llame manzano y al que produce la pera no se le llame pero en lugar de peral. O viceversa. Como ninguna lógica existe en el hecho de que a la hembra del gato se la llame gata, a la del perro perra, a la del burro burra, a la del conejo coneja y a la del caballo se la llame yegua y no caballa. Ninguna lógica ni utilidad favorece al Castellano el que letras como la «c» y la «g», no tengan valor fijo o que otras necesiten la «p» para que puedan representar un sonido o que, como la «h», no sirvan más que de estorbo, jugando el papel de cáscara del huevo que continuará agarrada al culo del polluelo aun habiendo llegado a gallo.

Todas estas dificultades ha sabido vencer y prescindir de ellas Zamenhof, y es por ello que el Esperanto adquiere carácter científico.

Conozco personas, y tú, lector, quizá seas una de ellas, que habiendo tenido la ocasión de frecuentar la escuela castellana y la francesa hanse visto castigados por el maestro cuando refiriéndose a las cosas se han equivocado de sexo. Como si un banco o una maza tuvieran sexo. En virtud de ese capricho de los hombres, hay objetos que para un francés serán del sexo femenino mientras que lo serán del masculino para un castellano: «la» méthode y «el» método, «le» nez y «la» nariz, «le» front y «la» frente, etc., etc. Ello prueba que se le ha dado sexo caprichosamente sin ningún motivo científico que lo justifique. Zamenhof lo resolvió aplicando a todo lo que no fuese específicamente del reino animal la calidad de neutro.

La gramática castellana, ese montón de incongruencias y de dificultades que tan inútilmente hacen sufrir al estudiante y a todo el mundo hace perder un tiempo precioso, en Esperanto está reducido a la mínima expresión, pues tan sólo se cuentan 17 reglas sin que ninguna conlleve excepciones.

Por sus cualidades, su construcción, su origen — compendio, no aglutinación, y selección de los idiomas hablados — su objeto y su neutralidad, fácil es comprender el papel que el Esperanto está llamado a jugar en la historia de las relaciones humanas, motivo por el cual el autor merece ser recordado por todos y el Esperanto estudiado por cada uno.

J. ALAUDE

MICROCULTURA

184. — Juan de Balue fué ministro de Luis XI de Francia, encerrado por orden de éste en una jaula de hierro de 1469 a 1480, por haber conspirado con Carlos El Temerario.

185. — «La condenación de Fausto» fué compuesta por el gran músico francés Héctor Berlioz (1803-1869).

186. — El Cáucaso se extiende entre el mar Negro y el Caspio.

187. — España ha tenido siete «constituciones». La de 1812, de 1837, de 1845, de 1856, de 1869, de 1876, de 1931.

188. — Doce lictores precedían a los cónsules romanos.

189. — Casi un millón de peces pequeños: «Gambusia affinis» se emplean en las aguas infestadas de mosquitos, cerca de Los Angeles, todos los años. Este diminuto pez limpia las aguas de toda larva o huevo de tan molesto insecto.

190. — El «Club de los Cordeleros» fué fundado por Dantón, Marat y Desmoulins.

191. — Muchos animales que tienen que vivir en zonas frías poseen un pelaje blanco en invierno, lo que los hace menos visibles en la nieve.

192. — Según la Enciclopedia Británica, más de la mitad de los mellizos nace prematuramente.

193. — El fluorspar es un metal que facilita la purificación del acero.

194. — Los arrancadores eléctricos para automóviles empezaron a usarse en 1911.

195. — El uranio, famoso elemento de la destructiva «bomba atómica» era usado hace siglos por los romanos para colorear el vidrio.

196. — Las copias fotográficas pueden ser impresas en telas por un procedimiento similar al de las fotografías comunes. Para ello se hace pasar luz a través de un negativo y se impresiona la tela que se ha hecho sensible por un tratamiento químico.

197. — La caldera que llevaban ciertos ricachos de Castilla, indicaba que mantenían a su costa a la tropa mercenaria.

198. — La de Basilea (Báile), fundada en 1460, es la Universidad más antigua de Suiza.

199. — El tipo de la coquetería femenina es Galatea, heroína de una de las églogas de Virgilio.

200. — Joaquín Dicenta (1860-1917) fué un escritor español de significado social. Su mejor obra según los críticos es «Juan José».

201. — El nombre de Lincoln procede de la ciudad inglesa del mismo nombre, que primitivamente se llamó «Lindon» y que los romanos, al ocupar la Gran Bretaña, la llamaron «Lindum».

202. — Medio millón de estadounidenses se encuentran ahora (1959) tullidos, a consecuencia de la esclerosis múltiple.

203. — El 15 de marzo de 1917 abdicó el zar de Rusia Nicolás II.

204. — El «fluxin» es la acumulación morbosa de humores en cualquier órgano.

205. — El segundo alpinista que escaló el Mont Blanc

fué Horacio Benedicto de Saussure, físico y naturalista suizo.

206. — El «garrobo» es un saurio de fuerte piel escamosa.

207. — La «heparina» es una sustancia contenida en el hígado y en el pulmón.

208. — Las «fórfolas» son escamas que se forman en el cuero cabelludo.

209. — «Las aventuras de Arturo Gordón Pym» fueron escritas por Edgar Allan Poe, novelista y poeta norteamericano.

210. — El 14 de agosto de 1540 se descubrieron las islas Malvinas.

211. — Una «hepatopexia» es una operación destinada a fijar el hígado flotante.

212. — El nombre de Nicaragua procede del cacique Nicarao, que en 1519 vivía allí con 35.000 indios.

213. — Se han obtenido mellizos en plantas de maíz por medio de la exposición de su polen a los rayos X.

214. — Se citan no menos de 30 enfermedades de las que la mosca es importante vehículo de contaminación.

215. — A Rodolfo Kreutzer, compositor y violinista francés, dedicó Beethoven la célebre «Sonata a Kreutzer».

216. — El «maqui» es un arbusto chileno de la familia de las liliáceas.

217. — Se entiende por «laxación» la falta de fuerzas y de tensión en las fibras.

218. — La «jeringuilla» es un arbusto de la familia de las filadelfas.

219. — La «nalicina» es un anestésico local patentado, a base de cocaína y trinitrina.

220. — La obertura «La Tempestad» fué compuesta por Pedro Iljitch Tchaikowski.

221. — El poeta colombiano Diego Fallón nació el 10 de marzo de 1834.

222. — La novela «La Carta» fué escrita por W. Somerset Maugham, novelista y dramaturgo inglés.

223. — La «marcela» es una planta aromática y medicinal americana.

224. — El 3 de mayo de 1500 tuvo lugar el descubrimiento del Brasil.

225. — El «laxismo» es un sistema de doctrina en el que domina la moral laxa o relajada.

226. — La melatonina es la primera hormona aislada de la glándula pineal.

227. — Los accidentes les ocurren con más frecuencia a los niños que a las niñas.

228. — En un vuelo normal la mosca recorre siete kilómetros por hora.

229. — El licenciado Espinosa fué el primer español que desembarcó en Nicaragua (1519).

230. — Una esponja de casi un metro de largo, obtenida en Florida, alojaba 17.120 otros animales, incluso peces.

231. — Indican los estudios que el individuo común puede esperar que su peso aumente de uno a dos kilos cada cinco años, hasta llegar a los sesenta años de edad.

GRAFICOS DE AYER Y DE HOY



Fraternidad de Armas



Honor de Soldado

Ediciones «CENIT»

«Marx-Bakunin», por Brupbacher (agotado)	
«Ideario», de Ricardo Mella (agotado)	
«Crítica anarquista de la sociedad actual», por el profesor José Oiticica ..	0,60 NF.
«La Grecia Libertaria», por Han Ryner	0,80 NF.
«El fascismo en la ideología del siglo XX», por Carlos M. Rama	1,60 NF.
«Antología libertaria», Varios	1,70 NF.
«Frente al público», por S. Faure	1,40 NF.
«Orientación anarquista», por J. Grave	1,20 NF.
«El problema de la enseñanza», por Mella y «Nuestra ignorancia», por J. Prat	0,60 NF.
«La religión y la cuestión social», por J. Montseny	0,30 NF.
«La lucha por el pan», por R. Røcker	0,70 NF.
«Breve historia de la Anarquía», por Max Nettlau	1,80 NF.
«Hellen Key o la libertad de amar», por S. Valentín Camp	0,90 NF.

Pedidos a nuestro Servicio de Librería:
« CNT », 4 rue Belfort, Toulouse